

TIEMPO PARA

Adorar

MODELOS LITÚRGICOS





Presbiterio Nacional Veracruzano A.R.
Ministerio de Educación

Tiempo para Adorar, Modelos Litúrgicos
Compilado y adaptado: Francisco Limón
Orizaba, Ver. México 2008

Tiempo para Adorar

Modelos Litúrgicos

Índice

	Adoración y Pueblo de Dios	
1	Celebremos al Señor	7
2	La adoración desde la perspectiva de los Salmos	12
3	La comunicación del Mensaje en el Culto	17
4	El uso de la historia en el Culto	22
	Modelos Litúrgicos	
A	El Planteamiento del Culto	31
B	Un Culto Basado en el Padre Nuestro	38
C	Principios Litúrgicos de 1 Corintios 11	45
D	Un Culto basado en el Salmo 34	53
E	Alabanza en todo tiempo	60
	Revisando nuestro culto	
I	Formas de Idolatría en el Culto	73
II	Renovación y Compromiso	78
III	Evaluar es Crecer	84
IV	Evaluación del Culto	93

Adoración

Y Pueblo de Dios



Celebreemos al Señor

Eduardo M. Ramírez



El Primer Mandamiento nos lleva a colocar la adoración a Dios como centro de nuestra vida. Esta puede realizarse por medio de la oración, los cantos, la lectura de la Biblia o el actuar cotidiano de los hijos de Dios, Dios recibe las diferentes expresiones de adoración de

sus criaturas, las que en conjunto constituyen la celebración. En ésta la adoración tiene un lugar privilegiado. "Celebración" tiene un sentido más amplio que "adoración". Es un conjunto de actividades por las que se adora a Dios.

La celebración se desarrolla dentro de una fiesta conmemorativa. El pueblo judío tenía sus fiestas solemnes con diferentes elementos culturales, las cuales eran el marco dentro del cual se desarrollaba la celebración. Estas fiestas tenían su origen en eventos importantes del pueblo (como por ejemplo la Pascua) en los que Dios había actuado poderosamente. Y fue alrededor de estas fiestas importantes que se diseñó el calendario judío.

Celebrar es rendir culto a Dios, elogiándolo, ponderándolo por los hechos portentosos que realiza en favor de su pueblo. La manera más común de celebrar era narrar los actos de Dios.

Un ejemplo de esto lo constituyen los Salmos 106 y 136. No sólo se traían a la memoria hechos del pasado, sino que también se mencionaban hechos futuros de Dios. Ejemplos de estos hechos son las alabanzas a Dios por la liberación que dará a su pueblo o por la venida del Mesías. De este modo, en la celebración el pueblo tomaba conciencia del obrar de Dios en la historia.

La respuesta del hombre

Al analizar la respuesta del hombre en la celebración, debemos pensar en el ser humano como un ser integral y multifacético. El hombre se acerca para adorar a Dios como un ser completo. Ninguno de los aspectos de su existencia debe quedar de lado. Su adoración no debe ser meramente intelectual o meramente emocional. Por lo tanto, la celebración debe ser planeada para que el hombre en todas sus dimensiones participe en ella.

Pero al analizar la realidad, en general, podríamos agrupar los cultos bajo dos énfasis: el culto que se basa principalmente en la actividad intelectual y aquél que se basa en la actividad emotiva. En el primer grupo encontramos frases litúrgicas muy bien estructuradas, teológicamente pensadas; en el segundo, la profundidad teológica queda relegada para poner énfasis en el estado emocional de la congregación. En el primer grupo, el culto es bien organizado y planificado; en el segundo, el culto es espontáneo. En uno y otro, el énfasis unilateral va en detrimento de una concepción total del hombre.

La respuesta del hombre en el culto está dirigida primordialmente a Dios. La satisfacción que experimente un cristiano por haber participado en el culto debe ser una consecuencia. Hacemos una celebración en honor a Dios y no para satisfacer el intelecto o las emociones del hombre, Un

error común en nuestros cultos es buscar la satisfacción del "público". Si enseñamos al pueblo a celebrar correctamente a su Dios, inevitablemente se sentirá satisfecho y tendrá la alegría de pertenecer al pueblo al que pertenece y de tener el Dios que tiene.

La celebración por excelencia

La fiesta más importante del pueblo judío era la Pascua. El cristianismo incorporó esta y otras fiestas de la cultura judía. Colín Brown explica que se adoptaron las fiestas como una continuidad natural del judaísmo con el cristianismo. La Pascua, que representaba la festividad más importante del calendario judío, siguió manteniendo su importancia en el cristianismo, pero se le añadió la dimensión superior que le otorgó el evento de la muerte y resurrección de Jesucristo.

La Santa Cena, el acto litúrgico recordatorio de la Pascua, resume la totalidad del mensaje del evangelio. La celebración que se realiza en torno a ella también será la fiesta central de la iglesia. Dios en Jesucristo realizó el acto más importante en favor del hombre, y en la celebración de la Santa Cena hay un elemento recordatorio de esa obra de Dios que tiene poder para transformar al hombre. Como parte del honor a Dios, el cristiano renueva su entrega a él. La celebración es entonces en honor a Dios, pero indefectiblemente dejará el resultado de transformación en el cristiano.

Sugerencias prácticas

Sin pretender ser exhaustivos, queremos sugerir algunas acciones que pueden implementarse con el fin de desarrollar un mejor espíritu de celebración en nuestros cultos:

1) Promover cambios graduales

La participación en una liturgia requiere un aprendizaje por parte de la congregación. La incorporación de cualquier elemento nuevo tiene como fin agilizar y mejorar nuestro culto a Dios. Mal haremos si introducimos cambios por el solo hecho de innovar. Conviene que todo cambio se realice paulatinamente para no crear ansiedades o inseguridad en la congregación.

2) Desarrollar un plan de enseñanza

Es un error pensar que en el culto de celebración a Dios no ocurren procesos didácticos. En primer lugar, la congregación aprende a ofrecer a Dios un culto significativo. En segundo lugar, en un acto de celebración siempre se expresan conceptos teológicos que van formando o edificando a la congregación. Quienes guían el culto bien harán en pensar y organizar los conceptos teológicos que desean comunicar durante el culto.

3) Redimensionar los testimonios personales

Muchas iglesias tienen por costumbre pedir que miembros de la congregación relaten algo del obrar de Dios en sus vidas durante los días previos al culto. Este tipo de testimonio puede transformarse en mero anecdotario personal, sin validez para la celebración. Redimensionarlo significaría permitir que las personas relaten el obrar de Dios en sus vidas, para engrandecer a Dios y no a quienes han vivido la experiencia.

4) Asumir la celebración como proclamación

Dijimos antes que la celebración se dirige a Dios en primer lugar y que, como consecuencia, el hombre es afectado. Así, la

celebración llega a ser proclamación, porque el carácter de Dios y sus atributos son expuestos ante sus criaturas. La celebración es un anuncio de la obra de Dios y de Jesucristo. Además de lo expuesto en la congregación sobre el carácter de Dios, se manifiesta de modo especial la presencia de Dios. Como consecuencia, los participantes de la liturgia llegarán a la convicción y reconocimiento de la persona de Dios.

5) Proveer oportunidad para consagración

Uno de los elementos poco frecuentes en el culto es la toma de decisiones por parte de los creyentes. La celebración, como ya dijimos, es culto a nuestro Padre Dios. Como parte de ese culto, los hijos le hacemos entrega de nuestra vida o de algún aspecto de ella que aún no se haya rendido. Si se elude este paso de compromiso o consagración, se verá interrumpido el proceso de adoración, pues se priva a los creyentes de ser afectados concretamente por Dios, a quien honran.

6) Utilizar las fiestas propias de la iglesia para celebrar

Del mismo modo que el pueblo judío celebraba en relación con eventos que tenían significado para todo el pueblo, la iglesia también puede organizar cultos de celebración alrededor de acontecimientos que le son propios. Los bautismos, casamientos, aniversarios y otros acontecimientos significativos para la comunidad, son ocasiones propicias para celebrar a nuestro Dios. Celebrar a Dios, y hacerlo en el contexto de la comunidad, es honrarle en una de las formas más significativas.

La adoración desde la perspectiva de los Salmos

Eduardo M. Ramirez



Los Salmos han sido y todavía son una de las porciones de la Biblia más utilizada por los cristianos. Son leídos en momentos de tristeza o alegría,

personalmente o en grupo, en el culto público o el devocional privado. La riqueza de los Salmos es inmensa y puede suplir las necesidades en incontables situaciones.

En el culto a Dios, los Salmos, junto con los himnos y las oraciones, han ocupado un lugar importante. Esto no es nada nuevo. Por el contrario, tanto se remonta a la antigüedad el uso de cantos en la adoración que no es posible establecer un origen cierto. Muchos reconocen a David como el estructurador e incentivador del culto a Dios como lo conocemos en la Biblia. No hay duda que David es un hito importante en la formación del salterio, por ser él mismo poeta y músico, y por ser la música y la poesía los elementos que más utilizó en su adoración a Dios.

El centro de la adoración

La adoración está siempre dirigida a Dios. Para los salmistas era imposible que otra persona u otro elemento fuera el destinatario de la adoración. Como lo expresa David en el

Salmo 72.18: "Bendito sea Dios, Señor y Dios de Israel, el único que hace grandes cosas". En otra ocasión David con otros poetas y músicos canta el Salmo 96 comparando a Dios con otros dioses, y llega a la conclusión de que el Señor es "más terrible que todos los dioses" y que "los dioses de otros pueblos no son nada" (4b y 5a),

Podemos afirmar que para los salmistas la prioridad del culto era la adoración a Dios. El receptor de la adoración siempre era Él, aunque las causas que la motivaban pudieran variar. Un hecho histórico relativo a la vida de la persona o del pueblo era un motivo significativo para alabar. La acción de Dios en favor del individuo y del pueblo motivaba a éstos a la adoración. Dios era el único receptor, pero también el centro de los acontecimientos. Era al mismo tiempo la causa del culto (por su acción) y el destinatario del mismo (por ser el único digno de ser alabado).

Adoración individual y comunitaria

Uno de los modos más comunes de clasificar los Salmos es de acuerdo a su género literario. La Biblia de Jerusalén distingue cuatro categorías: los himnos, las súplicas, las acciones de gracias y los géneros mixtos. Esta clasificación nos permite ver la riqueza del material de adoración que encontramos en los Salmos y superar así algunos de nuestros prejuicios o mal uso de los mismos.

La cultura occidental, preñada de individualismo, nos ha incentivado a ver únicamente el aspecto individual del salterio en detrimento de su aspecto comunitario. No se trata de negar arrear importancia a la adoración privada, sino, de afirmar que para los salmistas el mejor culto de adoración era el de la congregación del pueblo como un sólo hombre delante de su

Dios. Quien adora no es el individuo sino todo el pueblo en unidad física y afectiva: "¡Vean qué bueno y agradable es que los hermanos vivan unidos!... Allí es donde el Señor envía la bendición de una larga vida" (Salmo 133.1 y 3b).

El culto a Dios es el momento en que la comunidad toma mayor sentido de su razón de ser. Llega a ser una comunidad en cuanto coloca a Dios en el centro mismo de su actividad. Para esto Dios se manifiesta a su pueblo bendiciéndolo con su presencia. Por esta razón la comunidad adquiere una dimensión trascendente que se verá reflejada en las relaciones comunitarias, en su misión y, por supuesto, en su culto.

Contenido teológico de la adoración

El énfasis comunitario que acabamos de señalar se fundamenta en la formación de cada miembro de la comunidad. Si no fuera así, se caería en la masificación de la persona; como si la comunidad fuese el fin y las personas tuviesen valor en virtud de que participan en ella. Pero no encontramos esto en los Salmos. Dios se presenta como un Dios personal, preocupado por quienes le adoran: "El Señor es -mi pastor, nada me falta" (Salmo 23.1). Y continúa el Salmo 23 relatando la obra personal de Dios, detallando aspectos de la vida cotidiana como el alimento, el descanso, los peligros. Pero no es el único Salmo que nos presenta un Dios personal y preocupado por la persona; otros ejemplos son las plegarias personales (Salmos 70, 86, 88), las confesiones de pecado (Salmos 32, 51), las alabanzas (Salmos 9, 89). La preocupación por la persona es un principio aplicable a nuestros cultos, donde con facilidad podemos caer en la masificación de los participantes. La responsabilidad recae en quienes tienen a su

cargo la dirección del culto y al planearlo no toman en cuenta a las personas que participan en él. Una visita mental a cada uno de los participantes puede ser suficiente para descubrir elementos significativos que evitarán un culto masificado, despersonalizado.

Un segundo elemento teológico es la memoria de hechos históricos presentes tanto en los Salmos cúlticos como en los individuales. Para los salmistas, Dios es el Señor de la historia y en ese carácter ejerce su gobierno soberano. El pueblo de Dios, en consecuencia, incorpora los hechos o intervenciones de Dios en la historia como motivos de alabanza. En este contexto, adorar es realizar un balance del actuar de Dios en su pueblo y en la sociedad. Un ejemplo de esto es el Salmo 78, en el cual Dios es el centro de la acción de gracias. Los primeros cuatro versículos son un llamado al pueblo a prestar atención a la enseñanza; luego comenzando desde Jacob recorre la historia del pueblo hasta los días de David.

También este principio es aplicable al culto. No buscamos confeccionar una simple enumeración de eventos históricos, sino el reconocimiento del obrar de Dios en los hechos. Este reconocimiento puede relacionarse con eventos de la historia inmediata de la congregación que adora, o aun remontarse al comienzo, a la creación del mundo. Sea en el pasado inmediato o en el re-moto, se reconoce al mismo Dios, lo que produce en las personas un sentido de pertenencia a un pueblo. La adoración, que está dirigida a Dios, produce en consecuencia el reconocimiento de la herencia que tienen los creyentes, sus antepasados y su razón de ser. Al recordar los

hechos históricos, el pues descubre su misión, que es la que le imprimió el Señor de la historia.

Finalmente, los Salmos tienen una función docente. Los salmistas transmitieron conceptos teológicos de manera simple, sin perder su significado profundo. Cada Salmo contiene una síntesis teológica expresada en términos populares, poéticos y musicales. Este fue el modo en que se transmitieron conceptos a todas las edades, a todas las personas sin distinción. Con gran originalidad, el culto también era formativo: desarrollaba conceptos teológicos y al mismo tiempo expresaba adoración. Además, y este es un elemento aun más importante, se educaba a la gente acerca, de un Dios real por medio de un acto real; se le enseñaba a actuar por medio de la acción con finalidad. Reconocemos en los Salmos no sólo un lenguaje accesible a todos sino también una formación relevante y aplicable a la vida.

Es incuestionable la relevancia de estos conceptos para el culto en la iglesia. Para algunos, adorar es eliminar elementos formativos; para otros, es simplemente estar en un estado de ánimo o, en el peor de los casos, cantar y orar sin sentido alguno. El desafío que nos presentan los Salmos es a guiar al pueblo en la alabanza para que reconozca a Dios como soberano y que al hacerlo, como consecuencia inevitable, cada persona se identifique con un pasado rico y significativo y así comprenda mejor el actuar de Dios en su vida, en la historia y en su congregación.

La comunicación del mensaje en el culto

Eduardo M. Ramírez



Recibir o Dar. Para muchos creyentes, la motivación para ir a la iglesia es recibir, porque popularmente hemos desarrollado el concepto de que en la iglesia se recibe.

De hecho, parte del ministerio de la iglesia hacia los fieles es enseñar a dar. Ellos, a su vez, reciben alimento, servicio, cariño, un lugar de reunión, etc. El problema no es que esperen recibir, sino que vean esto como lo más importante y hasta lo único. Hemos desarrollado la costumbre de "recibir" en el culto, pero hemos perdido el concepto de "dar".

Nuestra tarea es encontrar a los responsables del desarrollo de esta actitud, Si los creyentes, vienen solamente a recibir, esto es porque se les ha enseñado que para eso van a la iglesia. La congregación esta esperanzada en recibir "lo que el Señor ha preparado" – una clara referencia al sermón. Ahora debiéramos completar esta visión de los miembros enseñando-les a dar. En la medida en que el culto permita que

quienes participan den concretamente, el sermón tal como lo conocemos ocupará el lugar que le corresponde. De ahí que una posible causa por la que no se enseña a la gente a dar es simplemente que los líderes no queremos perder "nuestro lugar" y que éste sea ocupado por la congregación.

Es posible permitir que la congregación se ministre a sí misma. Todos reciben, todos dan. Para esto es necesario, en primer lugar, que la asamblea sea co-actora con el que dirige. Todos actúan y administran el mensaje para todos. Los directores del culto han sido colocados en esa posición para guiar las acciones del pueblo de Dios. En segundo lugar, debemos cuidar-nos de pensar que todo lo que constituye el culto, aparte del sermón, es relleno. El mensaje está en los diferentes elementos del culto, aun cuando no se haya predicado ningún sermón. Hay mensaje en un testimonio, un canto, una lectura o una oración. Sólo es necesario ordenar el mensaje para que sea comprensible a todos. Esta es la tarea de quien guía el culto.

Emociones o Intelecto

Todos los estímulos que recibimos provocan en nosotros una respuesta. De la clase e intensidad del estímulo depende el tipo de conducta o reacción que se produzca, La música puede provocar en nosotros reacciones a nivel de las emociones, del intelecto o del cuerpo. Algunas canciones nos hacen llorar; otras, pensar, y otras bailar. Así también los predicadores siempre apelan a un nivel más que a otro, según su personalidad, su estilo y, fundamentalmente, su mensaje.

Un ejemplo claro de combinación de reacciones (emocionales e intelectuales) son los himnos de la Reforma. En ellos encontramos conceptos teológicos profundos, con melodías populares o ritmos autóctonos. Lo primero satisfacía el intelecto, con conceptos básicos del cristianismo; lo segundo satisfacía las emociones, lo cual hacía atractivo al concepto transmitido.

Los elementos de la liturgia que apelan a las emociones deben ser complementados con los que apelan al intelecto. Es importante buscar el equilibrio, donde la combinación de lo intelectual y lo emotivo tenga lugar. Un ejemplo de este equilibrio de que hablamos es la presentación de un coro. El oyente ante la presencia de un coro puede llorar o reír. La interpretación, los ritmos o las melodías le llegan íntimamente. La emoción, como pompas de jabón, cuando desaparece no deja nada, pero queda el mensaje de los himnos y canciones. En el culto participamos con nuestro estado de ánimo y con nuestro intelecto. Si se busca un equilibrio entre ambos, las enseñanzas quedan mejor grabadas en cada uno de los participantes. Siempre hay el peligro de exaltar las emociones de la congregación y que ésta pierda entonces lucidez para actuar responsablemente por su cuenta. Es posible que un líder o un predicador lleve al grupo a un estado tal que basta que pida una decisión para que el grupo acceda. Es como si un predicador jugara con la congregación: la hace reír, llorar, enojarse y finalmente decidir lo que él quiere. Pero como seres humanos tenemos el derecho a reaccionar por nosotros mismos, sin sentirnos presionados a ello.

Música Autóctona

A los músicos de nuestro pueblo les cabe la gran responsabilidad de investigar los ritmos y melodías autóctonas que puedan comunicar mejor el mensaje del evangelio. Nuestros pueblos tienen gran variedad de ritmos. Por medio de ellos se puede expresar casi todos los estados de ánimo: alegría, tristeza, melancolía. Es necesario que quienes entiendan de música se encuentren con quienes hagan teología en el contexto latinoamericano y que, como resultado, tengamos mensaje y melodía propios para nuestro pueblo. Algo que resulte de la reflexión teológica y las realidades propias de nuestra sociedad.

Los ritmos autóctonos tienen la gran virtud de venir inmersos en la herencia cultural de la persona. La asimilación de un ritmo extraño a la cultura local será siempre más dificultosa, y en consecuencia la comunicación del mensaje se verá afectada. Nacemos escuchando estos ritmos y por ello están incorporados a nuestra oída. Y este grado de identificación hace que esos ritmos sean los mas apropiados para comunicar el evangelio.

Lamentablemente, en el ambiente evangélico latinoamericano es escasa la producción de música autóctona. Las causas de esta situación son muchas pero queremos mencionar dos que nos parecen importantes. En primer lugar, nos falta la constancia y la seriedad para estudiar la música latinoamericana e investigar cuál es la mejor manera de comunicar el mensaje, Este es un proceso difícil y peligroso, ya que podemos caer en simplificaciones que atentan contra la esencia misma del evangelio, de lo cual no faltan ejemplos.

Pero es necesario si vamos a descubrir los ritmos más apropiados para el mensaje. En segundo lugar, tenemos la tendencia a creer que todo lo foráneo es mejor que lo nuestro. Quienes nos trajeron el evangelio, junto con su mensaje trajeron también su música. Parecía como si el aceptar el mensaje llevaba implícito el aceptar su música y despreciar la local. Los misioneros apoyaron manifestaciones musicales autóctonas siempre y cuando se mantuvieran dentro del marco de sus propias vigencias y creencias. Tenemos la posibilidad de crear con letra y música nuestras. ¡Aceptemos el desafío!

El uso de la historia en el culto

Lecciones tomadas de Deuteronomio 4

Eduardo M. Ramírez



El sermón público de Moisés registrado en Deuteronomio 4 es un modelo de cómo se puede utilizar la historia en un sermón. Este capítulo pertenece a una serie de enseñanzas que dirigió al pueblo antes de entrar a la tierra de Canaán. Moisés ejemplifica su enseñanza con eventos vividos por el pueblo desde Horeb hasta Canaán, viaje de once días que les tomó cuarenta años.

Por la manera en que Moisés utiliza la historia, podemos desprender dos principios que pueden aplicarse al uso de la misma en el púlpito: 1) La historia puede ser consultada para que nos informe de cuáles fueron los principios que estuvieron presentes en un determinado evento; 2) La historia puede hablarnos del actuar humano y sus consecuencias en el pasado, presente y futuro. En otras palabras, podremos obtener muchas enseñanzas de los hechos históricos si no nos quedamos en lo meramente anecdótico. Por la brevedad de esta nota mencionaremos algunas ideas sobre el uso de la historia bíblica en los cultos y principalmente en el sermón.

Los primeros capítulos de Deuteronomio han sido denominados por Samuel Schults como "Enseñanzas de la historia" (Deuteronomy, The Gospel of Love. Chicago: Moody Press, 1971). Este título además de ser apropiado para esta sección describe la intención con que Moisés utilizaba las experiencias vividas por el pueblo durante los cuarenta años del desierto. Al analizar estos eventos confronta a los israelitas con su propia historia personal con el fin de afianzar la enseñanza deseada. Brevemente podremos ver con qué finalidad usó la historia, qué esperó que sucediera en los oyentes y el uso dado en diferentes momentos del culto.

La finalidad en el estudio de la historia

Al analizar el contenido del sermón de Moisés, notamos que no entra en los pequeños detalles de los hechos. Los contenidos históricos son incluidos para ejemplificar y llamar la atención a su audiencia sobre ciertos conceptos teológicos. En este sentido la historia le es útil para:

- 1) Descubrir la persona de Dios por medio de sus obras. Es interesante notar que Dios se reveló a través del fuego (4.11, 15, 24), de manera que no pudieran hacerse imágenes de Él, sino que vieron a Dios en acción, y la comprensión de Él vino a través de sus actos. Al estudiar la historia podemos encontrarnos con la persona de Dios en sus actos salvíficos a favor de los hombres. Las expresiones concretas de Dios son sus propias obras en la naturaleza, en la historia y en cada individuo.
- 2) Señalar lo que se espera del hombre. En ninguno de los casos analizados por Moisés el actuar del individuo es

motivo para engrandecer a la persona. Pero sí se recalca una y otra vez que se espera su obediencia a los estatutos de Dios. La grandeza de un pueblo o una persona está íntimamente condicionada por su obediencia a Dios (6-8). Moisés invita a sus oyentes a que aprendan de los errores del pasado y "no repitan la historia" (3,21,31).

- 3) Dar modelos concretos de los principios de Dios aplicados a situaciones reales. Utiliza la historia para mostrar los principios divinos en acción. En lugar de un lenguaje legal y lógico lineal, se comunica a través de elementos vivenciales, donde se ven los decretos de Dios en funcionamiento y donde es más sencillo para la persona, identificarse plenamente (3, 10, 20, 25, 33).
- 4) Indicarnos el origen y fin último de la historia; de dónde viene la humanidad y hacia dónde se dirige. La participación de Dios en la historia es intencionada, tiene objetivos claros. Observemos que el desafío de Moisés no se limita sólo al presente, también les incentiva a considerar lo que podrían llegar a ser en el futuro si permanecen obedientes a Dios (27, 29, 37-38).

El aprendizaje por medio de la historia

El estudio de la historia podría producir un proceso integral en las personas, permitiendo que además de su intelecto participen otras áreas del ser humano. Esta integralidad se puede lograr a través de tres procesos que ocurren en el individuo durante el culto.

1) Primero, una comprensión intelectual. En un hecho histórico convergen gran variedad de factores de diferente índole. Para poder comprender el actuar de las personas es necesario conocer profundamente los eventos, las motivaciones, la geografía, la situación socio-culturales y necesariamente, comprender la participación de Dios en tal evento, La comprensión de todos los elementos es una actividad intelectual y cuanto más nos interioricemos de los factores intervinientes mejor podremos entender la actuación de los personajes de la misma.

Pueden ser útiles en el culto, las siguientes tareas: analizar mapas, confeccionar gráficos y cuadros sinópticos, reconocer causas, reconocer factores primarios y secundarios, analizar los por qué de la historia y preguntar desde nuestra historia personal.

2) Segundo, una comprensión afectiva. Sería incompleto el estudio de la historia si sólo realizamos el análisis intelectual. Además, es necesario captar cómo se sintieron quienes participaron en los eventos, cómo vivenciaron el hecho, qué actitudes se generaron y qué valores estaban en juego. Esto evitaría caer en el error de estudiar la historia como un simple proceso determinista de causa-efecto o alegorizarla dándole a los hechos significados que no tienen ni pretendieron tener. Pero sí debemos ayudar a nuestros oyentes a que " se coloquen dentro de los zapatos de otros". Es decir que puedan identificarse con los personajes de la historia, captar sus actitudes y sus sentimientos. Como resultado de esta identificación cada oyente podrá descubrirse en situaciones equivalentes.

Pueden ser útiles en el culto, las siguientes tareas: dramatizar" preparar lecturas dramatizadas, narrar la historia, hacer preguntas proyectivas, asumir roles de la historia en psicodrama.

- 3) Tercero, una determinación a actuar. Si la persona pudo entender tanto con su intelecto como con su afectividad los sucesos de la historia estará en mejores condiciones de deducir una enseñanza y actuar consecuentemente. El uso de la historia en el culto, además de proveer datos y permitir captar la afectividad, debe producir cambios de conducta y del estilo de vida. Como con cualquier enseñanza en la iglesia, debe afectar la manera de vivir de la congregación y por supuesto, el culto mismo.

Pueden ser útiles en el culto, las siguientes tareas: dramatizar, proyectar sus actitudes en una situación imaginaria, tomar de decisiones públicas, dedicar tiempo para la alabanza, la oración y el arrepentimiento.

Uso de la historia en el culto

Muy brevemente mencionaré cuatro usos diferentes de la historia en los cultos. Si se estudian detenidamente los cuatro primeros capítulos de Deuteronomio podrán encontrarse ejemplos de cada una de estas. La historia aquí sirve para remarcar ideas claves antes del evento de importancia como era entrar a la tierra de Canaán. Los eventos históricos pueden utilizarse:

- 1) Como motivación. Con el fin de captar la atención de la audiencia y hacerles pensar en determinado tema.

- 2) Como desato: Se muestran modelos históricos a la congregación y se espera que estos puedan ser tomados para actuar de manera parecida.
- 3) Como exhortación: Tiene el fin de corregir errores o advertir el peligro de ellos. Tiene la finalidad de evitar que se "repita la historia".
- 4) Como adoración: Trae a la memoria de la gente los actos magníficos de Dios, lo que genera temor a Dios y este temor lleva a una actitud de adoración. La adoración se verá concretada en el culto o en la vida privada, en la alabanza como en el estilo de vida. Es la vida entera la que se transforma en un acto de adoración al meditar en los hechos de Dios.

Modelos

Litúrgicos



El planeamiento del culto

Eduardo M. Ramírez



La etimología del término liturgia nos remite a dos conceptos que lo componen: pueblo y acción. De su sentido original se desprende que la liturgia está constituida por las acciones del pueblo de Dios dirigidas a Él. Estas expresiones del pueblo pueden ser estructuradas en un programa, o bien libradas a la espontaneidad del grupo. En nuestra realidad, la elección de una u otra opción es parte de nuestra herencia denominacional.

Es necesario planificar la liturgia, puesto que lo que ofrecemos a Dios tiene que ser lo mejor que esté a nuestro alcance. Pero en esta planificación debe participar el Espíritu para iluminarnos en cuanto a qué debemos hacer, para interpretar la situación histórica de la congregación y para discernir la voluntad de Dios. Para los cristianos, planificar no es un acto realizado en autonomía de Dios, sino un acto compartido con el Espíritu de Dios. Y porque lo hemos compartido con Él, Él tendrá la libertad de obrar durante el culto por medio del programa.

En el acto de planear, además de la presencia del Espíritu Santo, el líder debe tener la capacidad de anticipar los acontecimientos y estar preparado para cuando ellos ocurran. Planear es prever el futuro y organizarlo desde el presente. Exige un grado de visión para pensar en las posibilidades de realización de una actividad, las dificultades que se presentarán y las soluciones posibles.

Los beneficios del planeamiento

Mencionaremos algunos de los beneficios más importantes del planeamiento:

1. Se satisfarán las necesidades de la congregación. Toda buena planificación comienza preguntándose cuáles son las necesidades del grupo para quien se planea. En este contexto entendemos por necesidades aquellas falencias que tiene una congregación o una persona, y que pueden ser corregidas o suplidas en el transcurso de un culto. Las necesidades pueden ser en el área de lo intelectual, lo emocional, lo relacional o en las acciones concretas (conducta). Una vez expresadas las necesidades en cada una de estas áreas, se podrá utilizar este instrumento para planificar la liturgia y satisfacer muchas de ellas. De este modo, la planificación parte de una realidad concreta y real, lo cual modificará la vida de la iglesia y hará más significativo su culto a Dios.
2. Se modificará la conducta y la vida de los creyentes. Uno de los propósitos de la tarea docente de la iglesia es que cada persona modifique su conducta y todo su estilo de vida según los principios cristianos. No podremos lograr esto

exclusivamente por medio de la liturgia, pero ésta debe estar al servicio de ese propósito. Durante el culto el creyente se encuentra con Dios. Como resultado de ese encuentro, toda la vida es movilizada. Ya no será la misma persona que entró, quien ahora sale. El encuentro con Dios modifica la vida y la liturgia debe proveer oportunidad para que este encuentro se concrete.

3. Se contara con los elementos necesarios. Cuando hemos planeado, podemos pensar en el material didáctico o de apoyo necesarios para el buen desarrollo del culto. De no haberlo hecho, no tendremos la valiosa ayuda que significa el material correcto para el momento oportuno. Por ejemplo, una lámina puede transmitir un concepto con mayor fuerza que muchas palabras; y si esa lámina es colocada oportunamente, no tendremos necesidad de verbalizar ese concepto. Del mismo modo, podremos dinamizar los cultos utilizando estos elementos de apoyo, siempre y cuando hayamos planeado con anticipación.
4. Se creará el mejor clima para la adoración. Al planear el culto, podemos visualizarlo como si estuviera sucediendo en ese momento. Por medio de este acto de la imaginación podemos pensar y prever si lo que estamos preparando creará el clima deseado o si necesitamos introducir otros elementos. Algunas personas tienen la capacidad de intuir con mayor exactitud que otras, pero todos podemos perfeccionarnos por el aprendizaje que nos ofrece la experiencia.

5. Se podrá evaluar los resultados. Quien ha planeado, tiene un orden para seguir y una meta donde llegar. Una vez concretados esos planes, se podrá preguntar si alcanzó la meta establecida. Esta última ha sido formulada en base a las necesidades de la congregación. Pero si aún encontramos las mismas falencias al concluir el culto (o quizás durante la próxima semana), se debe a que el plan no respondió a las necesidades de la congregación. Las causas que imposibilitaron lograr los objetivos pueden ser de tres tipos: porque no existió planificación (se improvisó y por lo tanto no hubo objetivos), porque los objetivos fueron muy ambiciosos y no era posible lograrlos en un culto, o porque se pretendía lograr objetivos inalcanzables en un programa de adoración. La honestidad de la evaluación nos permitirá aprender de la experiencia vivida y tomar nota de ideas nuevas o sugerencias para próximas planificaciones.

Pasos para planear el culto

A continuación sugerimos cuatro pasos básicos para la planificación. No pretendemos ser exhaustivos, sino simplificar la tarea sin violar los principios fundamentales.

Primer paso: establecer los objetivos. La lista de necesidades que queremos satisfacer con los cultos de la iglesia es la base para establecer los objetivos. Las necesidades se expresan en una frase referida a los participantes. Por ejemplo: (a) carecen de un claro concepto bíblico del perdón de Dios; (b) perciben en forma deficiente el perdón de sus pecados. De entre todas las necesidades que se han observado, se puede tomar una o dos. En el ejemplo, una necesidad es a nivel de los conocimientos y la otra a nivel de las vivencias.

Por otro lado, los objetivos se expresan en una, frase sobre lo que las personas podrán hacer una vez concluido el culto. En otras palabras, las personas vienen al culto con necesidades que durante el mismo serán satisfechas. Al satisfacerse, se cumplen los objetivos. Por esta razón decimos que todo objetivo se basa en una necesidad concreta. Teniendo en cuenta el ejemplo anterior, los objetivos basados en esa necesidad serían: (a) conocer y comprender el concepto bíblico del perdón de Dios; (b) confesar sus pecados a Dios; (c) agradecer a Dios por el perdón de pecados; (d) perdonar a quien le haya ofendido.

Seguro paso: la idea rectora. Así como las necesidades hablan de una realidad presente y los objetivos de una realidad futura, la idea rectora tiene que ver con la transición de la una a la otra. La idea rectora es el concepto que sirve como centro a un determinado proceso (programa) y da unidad a toda la planificación. Deberá ser un concepto amplio y abarcativo, que incluya todos los elementos que queramos desarrollar. Ya que el planeamiento se hace en base a una realidad determinada, el resultado será diferente en cada ocasión. Una manera de formular la idea rectora en nuestro ejemplo, podría ser: Dios nos perdona en la medida que somos rapaces de perdonar a otros (Mateo 6.15).

Una vez formulada la idea rectora, procedemos a establecer varias secuencias que constituirán diferentes momentos del culto. La idea rectora es comparable a una escalera que nos lleva del piso (las necesidades) a la altura (los objetivos), y cada peldaño es una secuencia de la idea rectora. En la práctica, las secuencias serán los momentos sucesivos del culto, y cada una

de ellas puede estar constituida por una o más actividades (v.gr., himnos, coros, oraciones, lecturas, sermón, testimonios, poesías, etc.).

Continuando con nuestro ejemplo, podríamos concretarlo de la siguiente manera:

Idea rectora:

Dios nos perdona en la medida que somos rapaces de perdonar a otros

Secuencias (orden del culto):

- a) Dios es misericordioso. Serie de himnos y coros, que expresan esta característica de Dios. Tiempo de oración y/o testimonio de gratitud por la misericordia de Dios manifestada en su perdón.
- b) Dios es nuestro modelo al perdonar. Sermón o estudio bíblico de varios pasajes en los que se vea tanto la confesión del hombre como el perdón de Dios. Las oraciones de confesión de personajes bíblicos como Esdras, David o Daniel podrían ser pasajes apropiados.
- c) Dios nos desafía a confesar y perdonar. Luego del sermón, la congregación es invitada a actuar en obediencia. Una manera de hacerlo podría ser con un tiempo de meditación y confesión de pecados. Si es factible, podría haber un tiempo de confesión pública. Teniendo en cuenta el tema, la mejor manera de concluir el culto sería celebrando la Santa Cena.

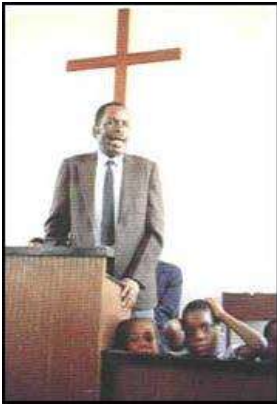
Tercer paso: la evaluación. Todo proceso formativo debe ser evaluado para determinar a qué nivel se ha llegado y qué sugerencias surgen para un futuro programa. Al evaluar

estamos analizando lo que sucedió a fin de descubrir tanto los aciertos como los errores. En todo programa están los unos y los otros, y el poder discriminarlos nos ayudará a perfeccionar nuestro ministerio en el culto a Dios. Las funciones de la evaluación son básicamente las siguientes:

- a) descubrir los errores cometidos antes del culto o durante el culto, y analizar las causas;
- b) sugerir pautas, ideas u otro elemento que surja de la experiencia vivida;
- c) detectar necesidades de la congregación que no estaban manifiestas hasta el momento.

Un culto basado en el Padrenuestro

Eduardo M. Ramírez



En el artículo anterior abordamos el tema del planeamiento del culto. En esta entrega queremos compartir una experiencia personal de planeamiento. Entendemos que es sólo una experiencia y de ninguna manera un modelo que ha de seguirse textualmente. Nuestra intención es sólo ilustrar el proceso de planeamiento y explicar brevemente cómo abordamos cada

paso.

En aquel artículo dijimos que planificar un culto nos da ciertos beneficios. Primero, permite satisfacer las necesidades de la congregación. Segundo, ayuda a los creyentes a proponerse modificaciones concretas en su conducta, en obediencia al Señor. Tercero, les ayuda a prever los elementos necesarios para el desarrollo del culto, Cuarto, conduce a programar aquellas actividades que crearán un buen clima de adoración. Finalmente, una vez concluido el programa será posible evaluarlo para reconocer tanto los aciertos como los errores.

A continuación seguiremos el camino que transitamos al planear este culto en particular. Esperamos que el seguirlo con nosotros ayude al lector en su futuro planeamiento de cultos.

1. Necesidades de la congregación

Desde tiempo atrás estábamos sintiendo en nuestra iglesia la necesidad de ver al Padrenuestro como oración modelo, y de incluirlo por lo menos en algunos cultos. Esta realidad nos llevó a pensar en una serie de reuniones con énfasis en la oración, la que comenzó con el presente programa.

Dentro de este punto debemos reconocer un par de limitaciones. Por un lado, la tradición de muchos años ha hecho que algunas costumbres culturales sean consideradas parte del evangelio mismo. Por ejemplo, existe un cierto rechazo de toda oración que no es espontánea; esto es, rechazo de oraciones escritas o pensadas de antemano, lo cual incluye al Padrenuestro. Otra limitación se da en el canto, puesto que la congregación sólo dispone de un himnario denominacional y de los himnos allí incluidos no todos son bien conocidos. Esto exige armar un programa con himnos o canciones determinados, aun cuando en la himnología cristiana existen otros de mejor calidad y con un mensaje más apropiado.

2. Objetivos del programa

Partiendo de la realidad que describimos arriba, nos propusimos dos objetivos para este programa, dando por sentado que tendría una hora de duración. Debían ser objetivos breves y precisos. Los que tuvimos en cuenta en esta ocasión fueron los siguientes:

Que la congregación comprenda el significado de las afirmaciones del Padrenuestro.

Que la congregación ore durante el culto de acuerdo con espíritu y significado del Padrenuestro.

3. Idea rectora y bosquejo del culto

La idea rectora es un concepto que da unidad y coherencia al programa. Haciendo una analogía, es el eje sobre el cual gira la rueda, que es el programa. Es de gran utilidad en el momento de llevar a cabo el culto, ya que en caso de tener que hacer cambios sabremos en qué dirección debemos ir. Por ejemplo, si proponemos cantar una canción, la idea rectora nos indicará cuál verso o palabra de esa canción debemos enfatizar.

La idea rectora para nuestro programa fue: "oremos y actuemos en el culto de acuerdo al Padrenuestro".

Nuestro próximo paso fue dividir esta idea rectora en etapas que luego constituirían diferentes momentos del culto. En este programa utilizamos las divisiones propias del Padrenuestro para construir las etapas o momentos del culto. En la estructura interna del Padrenuestro se puede distinguir seis frases claves, cada una de las cuales se transformó en una etapa de la reunión. Estas divisiones son:

- a) "Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre"
- b) "Venga tu reino"
- c) "Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra"
- d) "El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy"
- e) "Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores"

f) "Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal"

Otra decisión en cuanto al diseño del programa fue que no tendríamos un momento especial para el sermón, sino que la enseñanza estaría distribuida en cada una de las secciones del culto. Los himnos, canciones y lecturas ayudarían a desarrollar el tema. A continuación detallamos el programa ya terminado. Cada número corresponde a una actividad del programa y entre paréntesis hacemos algunos comentarios explicativos.

Introducción

- 1) Coros "Bendeciré a Jehová en todo tiempo", "Alabemos al Señor, Dios de toda creación". (El primer coro es una invitación a otros para que juntos adoren a Dios y el segundo habla de la comunidad cristiana adorando a Dios.)
- 2) Presentación del tema. (En este momento saludamos a la congregación e introducimos el tema del culto, diciendo que hoy pensaremos juntos en la oración por excelencia, el Padrenuestro.)

A. Dios, lo más importante para el cristiano

(Esta sección coincide con la primera frase del Padrenuestro.)

- 3) Himno: "A nuestro Padre Dios". (La letra dirige la alabanza a las tres personas de la Trinidad.)
- 4) Comentario de la primera frase clave del Padrenuestro. (La idea central aquí es que Dios habita en el cielo, lo cual habla de la importancia de su persona. Además, Dios es "nuestro Padre", lo cual habla de su relación afectiva con sus hijos. El Padrenuestro es una oración para ser elevada por la iglesia. Lo denota el plural "nuestro".)

- 5) Oración de gratitud a Dios por su persona y por ser "nuestro Padre".

B. El Reino concretado en nosotros

- 6) Comentario de la segunda y la tercera frases del Padrenuestro. (La idea central aquí es que hacemos presente el Reino de Dios haciendo su voluntad,)
- 7) Música especial. (En este momento se hizo escuchar la grabación de un conjunto folklórico llamado La Güeya, titulada "Getsemaní". Esta canción reproduce los momentos pasados por Jesús antes de su muerte. Así se presentó a Jesús como nuestro modelo en el cumplimiento de la voluntad de Dios.)
- 8) Lectura comunicaría: Mateo 6. 1-8. (Lectura al unísono por la congregación.)
- 9) Himno: "Cuando andemos con Dios", (La letra pone énfasis en la obediencia que el cristiano debe a Dios.)

C. Lo cotidiano, bajo el señorío del Rey

- 10) Comentario de la cuarta frase del Padrenuestro. (El pan representa lo cotidiano y al orar así, reconocemos que cada detalle de la vida depende de la gracia de Dios.)
- 11) Ofrendas y coro "Mi corazón esta agradecido". (La ofrenda y la canción son modos concretos de agradecer a Dios por lo que nos da cada día.)

D. Perdonados por perdonar

- 12) Comentario de la quinta frase del Padrenuestro. (La idea central en esta frase es que el perdón de Dios se relaciona íntimamente con el modo en que nosotros perdonamos a nuestro prójimo.)

- 13) Oración comunitaria pidiendo perdón por los pecados. Daniel 9.4-6 y 17-19. (Invitamos a la congregación a orar haciendo suyas las palabras bíblicas y confesando cada uno sus propios pecados a Dios.)

E. Victoriosos por confiar

- 14) Comentario de la última frase del Padrenuestro, (La petición es que cuando seamos probados, no caigamos en las manos del maligno.)
- 15) Coro "Alzaré mis ojos a los montes". (Basado en el Salmo 121, expresa la confianza del cristiano en el socorro de Dios para el momento de la prueba.)
- 16) Oración comunitaria del Padrenuestro. (Invitamos a que todos oren juntos el Padrenuestro. Indicamos la cita bíblica para ayudar a quienes no estuvieran seguros de las palabras.)
- 17) Música especial. (Aquí se escuchó la grabación de otro conjunto denominado Trío Mar del Plata, cantando el Padrenuestro en ritmo folklórico.)
- 18) Bendición final

4. Evaluación del culto

La tarea de evaluar se llevó a cabo una vez que el culto concluyó y recibimos algunas opiniones de quienes participaron. La tendencia humana es rechazar las críticas y aceptar los elogios. Pero conscientemente nos dispusimos a descubrir tanto los aciertos logrados como los errores cometidos en la realización del programa.

Una persona nueva en la congregación, de trasfondo católico, se acercó y dijo: "Pastor, yo sabía el Padrenuestro. No tuve que

leerlo". Hubo algo en el culto que le resultó familiar y por lo tanto le permitió participar activamente en el mismo. Otra persona, de varios años de membrecía, opinó: "De este modo vale la pena orar el Padrenuestro, porque no se torna reiterativo".

Para evaluar, no es suficiente escuchar las opiniones que nos alientan a continuar adelante. También necesitamos evaluar el cumplimiento de los objetivos, la satisfacción de las necesidades, el clima de adoración, etc. Muchos son los elementos que deben observarse, los cuales se analizarán en el artículo III.

Principios litúrgicos de 1 Corintios 11

Eduardo M. Ramírez



El pasaje que hemos de analizar no es un tratado sobre la liturgia. Pablo parte de una situación concreta con el fin de abordar algunos aspectos del culto.

En la Biblia predomina este modo de impartir la enseñanza: se toma una situación específica y alrededor de ella se desarrollan los conceptos. Se va de lo conocido a lo desconocido, de lo cotidiano a las nuevas demandas del evangelio. Este es un principio que debemos rescatar en los cultos y así enseñar el evangelio partiendo de la vida cotidiana.

En el capítulo 11 de 1 Corintios Pablo aborda dos áreas del culto en las que la iglesia a que se dirige necesita ser reeducada. En la primera sección de este pasaje (11.2-16), habla del rol que ocupa la mujer en el culto (tema que abordaremos en otra ocasión). En la siguiente (vv, 17-32) se ocupa del culto en el que se celebra la Cena del Señor. Esta porción tiene una estructura propia: primero señala algunos errores, luego instruye sobre el orden litúrgico de la Cena del

Señor, y concluye señalando otros errores. En este artículo abordaremos únicamente los errores señalados por Pablo en la sección del versículo 17 al 32.

Una actitud expectante (v. 17)

El versículo 17 es un nexo entre el tema anterior y el que inicia. Hasta aquí Pablo ha hablado a las mujeres sobre sus costumbres en el culto; de aquí en más, el objeto de su enseñanza es toda la congregación. La enseñanza está relacionada específicamente con la iglesia, cuando ésta se reúne como tal.

Pablo establece un principio general sobre las actitudes que motivan el culto. No todo lo que se diga o haga en el seno de la iglesia es digno de alabanza ni queda automáticamente santificado. De allí que Pablo les exhorta diciendo que es necesario estar atentos para advertir la presencia de "lo peor". En el culto puede coexistir "lo peor" y "lo mejor".

Esto tiene que ver con las actitudes de las personas más que con sus actos. Son las actitudes las que gobiernan actos y pueden transformarlos en buenos o malos. Como consecuencia, se espera de nosotros una actitud abierta y crítica hacia lo que hacemos. La costumbre, la rutina, la tradición pueden convencernos de que algo es correcto, cuando en realidad no lo es. Este principio es aplicable tanto a nuestra manera de celebrar la Cena del Señor como a cualquier otra conducta en el culto.

Un culto integrador (vv. 18-19)

El apóstol manifiesta que le han informado acerca de ciertas diferencias entre los miembros de la congregación. Pero este

hecho no le sorprende. Por el contrario, espera que haya diferencias de opinión. Y más aun, considera que es necesario que en una congregación existan diferentes opiniones.

Las diferencias de opiniones y las disensiones cumplen una función dentro del plan de Dios: permiten a la iglesia examinar sus modos de actuar, pensar y vivir. Por medio de este análisis la congregación puede descubrir los aspectos en que no es fiel al Señor. Pero debemos evitar que bajo este pretexto se desarrollen actitudes y conductas segregacionistas, negando así el cuerpo de Cristo (cf. v. 29). Pablo se opone a la división sectaria de la congregación tanto como a la uniformidad de la misma. La unidad se construye en base a metas comunes, nunca en base a costumbres iguales.

Este pasaje, a juzgar por el contexto, no se refiere a las divisiones sectarias mencionadas en el capítulo 1 (1.11), sino a la segregación basada en el status social de los miembros: los ricos y los pobres, los que tienen y los que no tienen. La congregación que provoca divisiones basadas en este tipo de diferencias está violentando la unidad de la Iglesia y es culpable de un sacrilegio. Una actitud que expresa "lo peor" (v. 17) en este contexto es la que busca constituir iglesias de ricos, por un lado, y de pobres, por otro lado. No pertenecemos a la iglesia por lo que tenemos o lo que somos, sino por la gracia de Jesucristo que nos ha aceptado en ella. El culto que no integra a todos por igual, con sus diferencias, no es culto para Cristo.

El evento más importante en la historia de la humanidad fue la muerte y resurrección de Jesucristo. Frente a él todos somos

iguales, todos podemos constituir la Iglesia de Jesucristo. Las diferencias son superadas por este acto unificador. Cuando celebramos la Cena del Señor, conmemoramos este evento. Pero observemos esta paradoja: no aceptamos a otros porque su pensamiento difiere de nuestro, y sin embargo participamos de la mesa del Señor, que es por excelencia unificadora de los hijos de Dios. El culto que no integra a quienes difieren entre sí, no hace honor al Señor.

Una iglesia que comparte (vv. 20-22)

En estos versículos Pablo se refiere a la costumbre que tenía la iglesia de reunirse para comer juntos y participar de la Cena del Señor. En estos "ágapes" o fiestas de amor participaba toda la congregación. Cada uno aportaba el alimento que habría comido solo y lo compartía en la congregación. De esta manera práctica la iglesia tenía la oportunidad de compartir con quienes tenían menos. Para muchos pobres (especialmente esclavos) esta era la única comida digna.

Dos elementos hacían de esta cena un evento singular. Por un lado, era una comida de la iglesia. Los que se reunían formaban parte de la Iglesia de Jesucristo, quienes habían recibido los beneficios de la muerte y resurrección de Jesús. En los cuatro primeros versículos (17-20) Pablo habla de los corintios, como personas que pertenecen a una congregación, pero en el versículo 21 señala el individualismo que niega la unidad de la Iglesia: "cada uno", "su propia cena". El pecado consistía en no demostrar su pertenencia a la Iglesia en un acto concreto, como era el de compartir la comida. El culto no tiene valor si no es coherente.

El segundo elemento que hacia de esta cena un evento singular era la conmemoración de la muerte y resurrección de Jesucristo. Podríamos traducir la expresión "la cena del Señor" (v. 20) como "la cena en honor al Señor". La primacía en la Cena la tiene el Señor; todos nos unimos por su presencia y obra en nosotros. Es un acto diferente, no por los símbolos (pan y vino), sino por el significado del mismo. Lo que es más importante aun es que el valor de la Cena radica en quién convoca: el Señor mismo. De modo que lo importante no es la persona que toma la iniciativa de participar: negarse a hacerlo es responder negativamente al Señor que convoca. De este modo, nuestras diferencias, nuestro egoísmo y nuestro sectarismo deben quedar rendidos ante el Señor que convoca a su Cena.

La Cena fue instituida por el Señor en una comida con sus discípulos y la iglesia primitiva continuó esta tradición uniendo una cosa con la otra. Para nosotros puede haber perdido el sentido de una comida, pero esto no resta importancia a las palabras de Pablo. Podríamos parafrasear al apóstol (v. 22) diciendo que "ustedes que participan de la Cena del Señor sin preocuparse por quienes pasan hambre en la congregación, menosprecian a la Iglesia de Cristo". Una iglesia que ignora el hambre que la rodea, participa inconscientemente de la Cena del Señor. En los símbolos anunciamos la obra de Cristo hasta que Él venga, pero no debe ser un anuncio meramente simbólico o verbal: debe ser ratificado con nuestras acciones diarias. El culto de la Cena del Señor debe ser una ocasión para asumir el desafío de superar nuestro egoísmo y preocuparnos por "lo mejor", por quienes necesitan alimento.

Una iglesia consciente (vv. 27-32)

Luego de establecer el orden litúrgico para la Cena del Señor (vv. 23-26), Pablo aborda un tema final: la necesidad de examinarnos al participar en este culto tan especial. Pablo se ha referido antes a actitudes erróneas, divisiones y egoísmo, y ahora se refiere a la falta de meditación sobre los propios errores. No busca sólo señalar los errores, sino que finalmente los corintios aprendan a evaluarse a sí mismos y a autodisciplinarse.

La palabra "indignamente" del versículo 27 se refiere a quienes participan de la Cena del Señor habiendo cometido los errores mencionados en los versículos 17-22. Al participar del culto a Dios, no olvidamos nuestra vida cotidiana. Llegamos a la congregación con todas nuestras cargas, pecados y debilidades. También traemos todo nuestro sentido de culpa por los errores cometidos. Quien dirige el culto tiene la responsabilidad de guiar a la congregación ante Dios para que, como resultado de ese encuentro, los asistentes obtengan la paz de espíritu y el perdón de pecados. La mesa del Señor ha sido instituida para nosotros, personas débiles y pecadoras, pero Él nos puede hacer dignos de participar.

La dignidad para participar depende en primer lugar de la obra de Cristo en cada uno de nosotros. En segundo lugar, depende del análisis que hagamos de nuestra conducta (v. 28). El orden del culto debe facilitar y provocar esta revisión de vida. Quien guía el culto no debe dar por sentado que las personas lo hacen intuitivamente.

Hay quienes erróneamente enseñan que si alguno no se siente

en condiciones de participar, que no lo haga. Sin embargo, Pablo habla de rehusarse a participar de la Cena del Señor, lo cual sería responder negativamente a la invitación de Cristo. Participar de la Cena implica un compromiso de la persona con Cristo y con los demás, y el culto debe encauzar a cada uno hacia ese punto.

Según las palabras del versículo 29, el comer indignamente está relacionado directamente con nuestra capacidad de "discernir el cuerpo del Señor". La palabra cuerpo aquí se refiere primero a Jesucristo mismo, quien se hizo hombre para comprender nuestra condición y luego salvarnos por su gracia. Pero también, por extensión, se refiere a la iglesia, de quien Cristo es la cabeza. No "discernir" es no comprender la dimensión de la persona que invita a la Cena y el privilegio que implica formar parte de la Iglesia. El acto de discernir implica tanto una comprensión intelectual como también una vida comprometida con Cristo y su Iglesia.

En los versículos 30 a 32 se hace referencia a las consecuencias de quien participa de la Cena del Señor indignamente. Se evidencia aquí nuevamente este círculo interminable de nuestra vida: venimos al culto con la carga de nuestra vida cotidiana, tal como somos; nos encontramos con el Señor; renovamos nuestro compromiso con Él, y finalmente volvemos al mundo para serle fieles. No existe dicotomía entre el culto y la vida cotidiana, entre lo espiritual y lo terrenal. Todo forma parte de una misma realidad: nuestra vida delante de Dios.

Conclusión

Los versículos 33 y 34 hacen las veces de conclusión de este pasaje. Aquí el apóstol resume en pocas palabras su idea rectora. El contexto de la exhortación es la costumbre de comer juntos y las discriminaciones que allí ocurren. De esta manera, según el apóstol, los creyentes comen juicio porque no son conscientes de sus errores y del daño que provocan en otros.

A fin de dejar en claro sus ideas, quedan dos principios para aplicarse en el culto. El primero se refiere a la necesidad de integrar al hermano tal cual es. La idea de esperarse unos a otros (v. 33) es una referencia directa al hecho de que no todos son iguales, pero todos deben "esperarse", integrarse, aceptarse como son. El segundo principio lo encontramos en el versículo 34: los derechos individuales deben reservarse para el hogar; en la iglesia la prioridad es la congregación. Pablo no les niega la posibilidad de comer mayor cantidad de comida, pero sí les exhorta a compartir con los necesitados. El culto que promueve el individualismo niega la comunidad cristiana. Y esto es, primeramente, responsabilidad de quienes lo dirigen.

Un culto basado en el Salmo 34

Eduardo M. Ramírez



Quienes tenemos responsabilidad de conducir los cultos, con frecuencia encontramos pocas ideas nuevas que eviten la rutina. No buscamos lo novedoso como un fin en sí, sino algunos elementos diferentes, o los mismos de siempre, ordenados de manera distinta. Esta búsqueda está motivada por nuestra responsabilidad de conducir al pueblo de Dios a una adoración significativa que dé como resultado la obediencia a Dios en su vida cotidiana. Consideremos una propuesta diferente.

El salmo como orden litúrgico

Muchos salmos están íntimamente relacionados con la liturgia, es decir, con las formas públicas con que el pueblo de Dios adora a su Señor. Nos referimos a aquellos que proveen cierto orden litúrgico, los cuales en su momento no fueron necesariamente un culto completo, pero bien pudieron haber sido parte de una liturgia. El desafío que asumimos es organizar el culto a partir del orden que nos ofrece un salmo.

No todos los salmos son apropiados para utilizarse como orden del culto: unos son muy cortos, otros muy largos o no tienen el contenido litúrgico necesario. Buscamos un salmo cuya

temática y estructura nos permita incluir los ingredientes que utilizamos en nuestros cultos, como el canto, la oración, la enseñanza, testimonios, etc. Por ejemplo, el Salmo 51 sería útil para guiar a la congregación a confesar sus pecados, pero forzaríamos su contenido si en base a él intentáramos organizar todo un culto. Esto señala la importancia de analizar el salmo antes de decidir si es útil o no para planificar el orden del culto. Necesitamos, entonces, un salmo que nos permita organizar el culto desde la primera palabra hasta la última, y cuyo bosquejo dé lugar para las actividades acostumbradas.

El proceso de planificación

Necesariamente debemos comenzar con el análisis hermenéutica del salmo. Hacemos nuestro propio estudio para detectar la enseñanza y los conceptos centrales. Luego, con ayuda de bibliografía ampliamos estos conceptos a la luz del contexto histórico-cultural. Y finalmente, intentamos hacer un bosquejo que refleje los momentos naturales del salmo. El bosquejo será el resultado del ejercicio hermenéutica y no siempre será igual para una u otra persona.

Al hacer el análisis intentamos descubrir la estructura interna del salmo que utilizaremos como guía para el orden del culto. Pero evitaremos forzar los conceptos presentes en él, ya que cada uno de estos momentos naturales tiene un tema propio que intentamos descubrir para hacer que el culto se acomode a ellos. Por ejemplo, la mayoría de los salmos litúrgicos comienzan con una invitación a la adoración. Respetar el salmo sería tener un tiempo en el culto en el que motivemos a la congregación para que adore a Dios.

El uso de frases conectivas nos ayudará a mantener la atención de la congregación dentro del tema del salmo. Estas frases cumplen la función de hilar el tema desde el principio hasta el fin de la reunión. Deben ser comentarios muy breves (una o dos frases) que ayuden a la congregación a enfocar su atención en el tema entre una actividad y otra. Es muy recomendable tener estas frases por escrito, aunque al expresarlas podemos variar sus formas. El buen uso de éstas hará que el culto tenga unidad y coherencia. El resultado será una mejor comprensión del tema y una adoración unida por parte de la congregación.

Un modelo a partir de un salmo

El orden del culto se basa en el Salmo 34. Como idea rectora tomamos el tema central del Salmo: alegrémonos y agradezcamos a Dios por estar cerca de nosotros. Y nos proponemos como objetivo que la congregación reconozca las diferentes manifestaciones de la presencia de Dios y, en consecuencia, le adore. Como título de la reunión utilizaremos la expresión del versículo 18: "El Señor está cerca" (v.18).

En el programa utilizamos las letras mayúsculas para indicar los diferentes momentos de la reunión, los que coinciden con el bosquejo del Salmo. Utilizamos los números para indicar la secuencia de todas las actividades durante el tiempo de reunión. Si necesitamos modificar alguna parte, tomaremos en cuenta la idea de cada uno de los momentos y luego haremos los cambios. Es probable que este culto no respete el orden ni la distribución del tiempo a que estamos acostumbrados. No obstante, intentaremos este programa como una alternativa diferente.

EL SEÑOR ESTÁ CERCA

1. Coro: "Bendeciré a Jehová en todo tiempo."

Este coro corresponde a los primeros cuatro versículos del Salmo 34. Si no lo conocemos, podríamos utilizar otro que exprese las mismas ideas de estos versículos, o de lo contrario eliminar este primer paso.

A. Tiempo de alabanza

2. Lectura común:

Leemos al unísono Salmo 34.1-3. Cada uno de los cinco grandes momentos de la reunión comienza con la lectura al unísono de los versículos que correspondan. Invitamos a la congregación a mantener su Biblia abierta en el Salmo 34 que se utilizará durante todo el .culto. También le indicamos con claridad los versículos que se leerán, para que nadie se confunda y continúe leyendo.

3. Coros:

Elegimos varios coros cuya letra destaque las virtudes de la persona o el accionar de Dios. Serán coros cuya letra hable a Dios directamente, quien es el receptor de nuestras palabras. Incluimos dos o tres coros según el tiempo disponible para el culto.

4. Comentario breve:

Leemos los versículo 2b-3 y luego relatamos brevemente el episodio vivido por Juan Bunyan, citado en el artículo de Mervin Breneman. Remarcamos la idea de que Dios mismo recibe nuestra adoración, pero a la vez ésta es un testimonio a los hombres, a quienes les invitamos a adorar a nuestro Dios.

5. Coros:

Elegimos varios coros en los cuales la letra esté dirigida a los hombres, hablándoles acerca de quién es Dios y qué hace. Finalmente, añadimos un coro que invite a la adoración.

6. Oración de adoración:

Le indicamos a quien sea responsable de orar en este momento, que adore a Dios con sus palabras. Más tarde en el culto habrá lugar para hacer peticiones.

B. Tiempo de testimonio

7. Lectura común:

Leemos al unísono Salmo 34.4-10.

8. Frase conectiva:

El salmista tiene varios motivos por los cuales adorar a Dios. Dar testimonio es un acto de adoración con que reconocemos la soberanía de Dios, su poder y lo que ha hecho en nosotros. Es señalar públicamente las manifestaciones de la presencia de Dios en nuestras vidas.

9. Testimonios:

Hay por lo menos cuatro razones que el salmista menciona por las que debemos dar testimonio. Enunciamos cada una de las razones y ayudamos a la congregación a pensar enfatizando las palabras del salmista. Luego de cada una de las razones pedimos que una persona contribuya con un testimonio de su propia experiencia.

Razones para testificar:

- (1) El Señor contesta las oraciones (vv. 4a y 6a).
- (2) El Señor produce alegría (v. 5).
- (3) El Señor protege a sus hijos (v. 7).
- (4) El Señor provee lo necesario (vv. 910).

C. Tiempo de exhortación

10. Lectura común:

Leemos al unísono Salmo 34.11-14.

11. Sermón de exhortación:

Quien tenga la responsabilidad del sermón organizará el contenido a partir de los versículos 11-14. Podrá consultar el artículo de Mervin Breneman para ampliar las ideas referentes a estos versículos. Si el tiempo del culto es de una hora, el sermón no podrá ocupar más de 15 minutos, lo cual dará suficiente tiempo y equilibrio al programa.

D. Tiempo de oración:

12. Lectura común:

Leemos al unísono Salmo 34,15-18

13. Frase conectiva:

El Señor no promete eliminar nuestros problemas, pero sí encontramos varias referencias (vv. 15 y 17) a su promesa de escucharnos. Sabemos con plena seguridad que Dios escucha nuestras oraciones.

14. Oraciones públicas:

Invitamos a varias personas a orar presentando a Dios motivos específicos que surjan del sermón o de otros

versículos ya leídos. Invitamos a la congregación a meditar en el Salmo 34 durante el tiempo de oración.

E. Tiempo de agradecimiento

15. Lectura común:

Leemos al unísono Salmo 34.19-22.

16. Frase conectiva:

Todos tenemos motivos por los cuales agradecer a Dios. Él nos ha protegido, nos ha escuchado, nos salva cada día.

17. Ofrenda:

Invitamos a la congregación a ofrendar en agradecimiento y adoración a Dios. Incluimos algún coro que tenga palabras de gratitud a Dios por diferentes motivos.

18. Lectura común:

Para cerrar la reunión pedimos que la congregación lea los tres primeros versículos nuevamente como un testimonio y una declaración pública de nuestro agradecimiento, y por lo que significa el Señor en nuestras vidas.

Alabanza en todo tiempo

Mervin Breneman



Nos toca analizar uno de los salmos favoritos de los cristianos a través de la historia: el Salmo 34. Aquí encontramos una hermosa combinación de alabanza, enseñanza práctica y énfasis profético. En el presente artículo proponemos una breve explicación exegética del Salmo. En el artículo anterior, Eduardo M. Ramírez muestra un posible uso del mismo Salmo en el culto.

Este es uno de los ocho salmos asignados a la experiencia de David cuando era perseguido por el rey Saúl. Según 1 Samuel 21.10-15, el rey filisteo se llama Aquis en vez de Abimelec. La explicación común es que Abimelec era el nombre que se daba a todos los reyes filisteos como era Faraón en el caso de los reyes egipcios. Algunos comentaristas aceptan que este Salmo fue escrito por David; otros creen que algún otro autor lo escribió y lo asignó a la memoria de David.

Por un lado sabemos que la frase hebrea "de David" puede significar "a David" o "para David." Así, pues, es probable que varios de los "Salmos de David" fueran escritos por otros en su

honor. Por otro lado, los títulos, aunque no son parte del Salmo, forman parte del texto hebreo y debemos reconocer su gran antigüedad. Es posible que este sea un salmo escrito por David e inspirado en su propia experiencia. De todos modos, es aplicable a todo hijo de Dios frente a las angustias y crisis de la vida cotidiana.

1. La decisión de alabar a Dios (vv. 13)

El salmista decide alabar a Dios. A pesar de la crisis por la que ha pasado o está pasando, hace una decisión firme de alabar a Dios. Es fácil participar en la alabanza cuando las situaciones nos son favorables. Pero el salmista decide alabar en todo tiempo, aun cuando está sufriendo persecución y en peligro de muerte. Como en el matrimonio, el amor a Dios es real si se demuestra tanto en las dificultades como en los tiempos de gozo.

Nos sorprende la palabra "bendeciré" (barac), pues generalmente es Dios quien bendice al hombre. Siempre hablamos de buscar la bendición de Dios. Pero los hombres también debemos "bendecir" a Dios. Debemos exaltarlo y alabarlo. La alabanza a Dios es la expresión más distintiva de la vida religiosa de un individuo y de una congregación de creyentes. Si tenemos una comunión continua con el Señor, podremos decir con el salmista: "Su alabanza estará de continuo en mi boca" (v. 1).

¿De qué hablamos más a menudo cuando estamos con nuestros amigos? ¿De qué nos alegramos? Aquí el salmista nos desafía a gloriarnos en Dios como hacía Pablo en el Nuevo Testamento. Si el centro de nuestra vida es Dios, nuestra

alabanza estará centrada en Dios. No será un ejercicio de ritos, un culto frío, sino un gozarse en la persona de nuestro Dios y Salvador.

El versículo 2 indica que tal alabanza hará un impacto en otros. Hace muchos años en una calle de Bedford, Inglaterra, tres mujeres conversaban. Comentaban entre sí cómo Dios les había salvado, la forma en que contestaba sus oraciones, la magnitud del amor de Cristo. No se dieron cuenta que un hombre se había acercado para poder escuchar lo que decían. Por la conversación él notó que ellas poseían algo que él no había ‘experimentado’. Dejó su vida anterior y se dio a buscar la vida espiritual de la cual había escuchado. Aquel hombre era Juan Bunyan, quien más tarde escribió *El progreso del peregrino*, una obra clásica que ha sido de ayuda a millones de cristianos.

El salmista no está satisfecho solamente con la adoración individual, Invita a otros a que alaben a Dios con él (v. 3). Hoy día también, el que adora a Dios en su casa buscará la manera de adorar con la comunidad creyente. Es uno de los instintos naturales de la nueva vida en Cristo.

2. El testimonio de fe (vv. 46)

Cuando piensa en su propia experiencia, el salmista siente deseos de alabar a Dios por haber pasado por una crisis horrible. Su testimonio es que Dios libera del terror (megora) y de la angustia (tsarah). A menudo uno vive con temores y angustias. Algunos están basados en peligros reales, otros son de índole psíquica. Dios nos libera de estos temores y su liberación es real.

El salmista empieza su testimonio mencionando su búsqueda ("busqué," darash). A lo largo de la Biblia se nos dice que debemos buscar a Dios. Los profetas vieron la causa de la apostasía de Israel en que los líderes religiosos "no buscaron su rostro." Jesús dijo: "Buscad y hallaréis" (Mt. 7.7). Es cierto que Él nos busca, pero nosotros tenemos que volvernos a Él. Y la profundización de la comunión con Dios depende de la decisión definida de buscar la presencia de Dios. En la vida ocupada y tensionada de nuestra época, esto no es fácil: requiere tiempo y persistencia. Faltan personas que sepan buscar la presencia de Dios, líderes cristianos que se dediquen a buscar la comunión íntima con Cristo. El testimonio del salmista es que una búsqueda definida resulta en respuestas específicas.

El mismo énfasis se confirma en el versículo 5: "Los que miraron a él fueron alumbrados." La misma palabra (nahar) en Isaías 60.5 se traduce "resplandecerás". Alguien definió la fe como mirar a Dios con los ojos del alma. Así la luz de Dios se refleja en el que lo mira.

3. Exhortación a la constancia en la fe (vv. 710)

Ahora que el salmista ha presentado su testimonio, exhorta a sus oyentes a que confíen más en Dios. Primero les anuncia la grandeza de Dios y su cuidado. Dios no sólo tiene todos los recursos a su disposición, sino que los usa a favor de sus hijos. Manda a sus ángeles que protejan a los suyos. Aquí algunos entienden que el Angel de Yahvé es el que apareció a personas como Abraham o a Josué. Otros creen que se refiere a los espíritus servidores de Dios como en Hebreos 1:7. Lo

importante es que Dios tiene interés específico y personal en cada uno de los suyos.

Por eso exhorta el salmista: "Gustad y ved." La fe debe ser atrevida. Tiene que lanzarse y depender de Dios. Por supuesto, el salmista no recomienda una presunción a confiar en Dios en algo que no esté acorde con su ética o con su voluntad. Pero el salmista está consciente que el mejor refuerzo para la fe es la experiencia con Dios. Demasiadas veces desfallecemos por no contar con la suficiencia de Dios. No ejercitamos suficientemente la fe, Cabe para nosotros la misma exhortación: "Gustad y ved."

Pero no es la fe en sí la que opera. Es la fe en un Dios que actúa, un Dios que cumple sus promesas. No se aumenta la fe por mirar a la fe, sino por mirar a Dios. Por eso el salmista recalca que Dios es fiel a los que confían en Él. "No tendrán falta de ningún bien." Esto nos recuerda el Salmo 23.1: "No me faltará." Y por cierto la misma palabra (chaser) se usa dos veces en los versículos 9 y 10. El salmista se une a miles y millones de creyentes a través de los siglos que testifican de la gran fidelidad de Dios.

4. Exhortaciones prácticas (vv. 1114)

En esta estrofa del poema vemos que la vida cotidiana afecta la adoración y ésta a su vez influye en los detalles de la vida cotidiana." Venid, hijos, oídme" es el estilo de los sabios. Los escritos sapienciales están llenos de consejos para la vida práctica, la vida como Dios la quiere. Los profetas muestran el señorío de Dios en los grandes movimientos históricos. Los sabios enseñan la providencia de Dios en los detalles

cotidianos de la vida. Jesús combinó de manera singular la visión profética con la enseñanza sapiencial. En este Salmo 34 tenemos también una combinación de los dos enfoques.

Los sabios de Israel decían que el temor de Yahvé es el principio de la sabiduría. Toda su reflexión sobre la vida práctica, toda su ética tenía un punto de partida especial: el temor de Yahvé. Esta reverencia, obediencia y dependencia de Dios crearon el marco para todo su pensamiento y todos sus actos.

El temor de Yahvé es una cosmovisión, un estilo de vida, y una escala de valores. (Nótese Pr. 8.13: "El temor de Jehová es aborrecer el mal"). Todo el pueblo cristiano debe tomar en serio qué es vivir y pensar cristianamente. ¿Cuál es el punto de partida de su reflexión sobre antropología, sociología, política y ciencia? El punto de partida en gran medida determina las conclusiones a que uno llega y las decisiones que hace. Así, tiene gran vigencia en toda la vida contemporánea.

Esto no quiere decir que optemos por soluciones simplistas e individualistas para los problemas actuales. Tampoco hemos de creer que la solución sea un proyecto meramente político, aunque el cristiano no debe esquivar su responsabilidad en este campo. El enfoque bíblico sobre el temor de Yahvé apunta a una respuesta mucho más profunda. Todo el trabajo científico, político, social y espiritual de los cristianos debe surgir de una comunidad de creyentes que está moldeada más por el temor de Yahvé que por los valores materiales que la rodean.

El versículo 11 también sugiere que este temor de Yahvé es algo que se aprende. Es cierto que en Cristo tenemos una nueva perspectiva que forma la base para un verdadero temor de Yahvé. Pero para ir desarrollando esta perspectiva, y para aplicarla a nuestros problemas cotidianos, hace falta también la enseñanza. En el ámbito cristiano hace falta enseñanza mucho más profunda para aplicar principios bíblicos a todos los aspectos de la vida.

Aquí hay una sugerencia más: se menciona a los "hijos". Hace falta enseñanza y aprendizaje a través de toda la vida. Pero, ¿cuál es el tiempo clave para enseñar la perspectiva bíblico-cristiana? ¿No será la juventud? Toda etapa de la vida tiene su importancia, pero creo que es precisamente en la adolescencia cuando los jóvenes deben ver la diferencia entre la cosmovisión bíblica y la del mundo. Deben entender el significado del temor de Yahvé, la diferencia que otro punto de partida establece en las ciencias y en la vida. Deben decidir firmemente permanecer dentro del marco del temor de Yahvé. Todo esto tiene vigencia en la pregunta del versículo 12, pues todos queremos disfrutar de la vida. La enseñanza de los sabios, la de Jesús, la de toda la Biblia apunta a lo que es mejor para el hombre. Las demandas éticas de Dios no son caprichosas. Dios nos hizo y sabe qué es lo mejor para nosotros; Así, los consejos aquí apuntan a una vida llena del gozo de la comunión de Dios, una vida que se realiza sanamente. Demasiadas veces los cristianos tenemos una actitud ascética. No disfrutamos de las hermosas cosas que Dios nos ha provisto. El salmista está diciendo: "Haz caso a estos consejos y disfrutarás de una vida plena." Aunque el placer no es nuestra meta, el Nuevo Testamento muestra

claramente que Dios quiere que el cristiano disfrute de una vida llena de gozo.

La ética bíblica no es vaga y nebulosa. Dios da mandatos específicos. "Ama y haz lo que quieras" puede tener su valor, pues enfatiza el amor, pero la Biblia muestra que el hombre necesita mayor definición de lo bueno y lo malo. Reconoce que somos humanos, que la voluntad humana es propensa a tergiversar buenos principios para satisfacer sus propios deseos. Consecuentemente, provee un código de ética (los Diez Mandamientos, el Sermón del Monte) e ilustra su aplicación específica a las vicisitudes de la vida en diferentes épocas.

Aquí el salmista enfatiza el desarrollo de una vida santa y honesta. Menciona los dos puntos donde más fallamos: las palabras que decimos y la falta de completa honestidad. Nos hace pensar en el Salmo 24.34: "¿Quién subirá al monte de Jehová? ¿Y quién estará en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón..." El temor de Yahvé tiene implicaciones prácticas, ya que la vida santa y honesta tiene que ver con nuestra adoración.

No lo profundizamos ahora, pero es importante notar que mucho del Nuevo Testamento se dedica a la vida del cristiano, su crecimiento en la santidad y el carácter formado en la imagen de Cristo. Hoy día hace falta más enseñanza profunda sobre la vida cristiana.

Vale la pena notar otro énfasis del salmista aquí: "Apártate del mal." La enseñanza sobre la vida cotidiana enfatiza lo positivo,

pero también incluye sus consejos negativos. Nos dice lo que debemos evitar. Debemos aprender a discernir cuales son los valores, las perspectivas, los pensamientos y los actos que agradan a Dios. Es cierto lo que dice Jeremías: "Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso." Pablo dice: "Despojaos del viejo hombre, que está viciado..." (Ef. 4.22). Si uno toma en serio su compromiso con Dios, es necesario hacer decisiones firmes contra ciertas cosas, contra todo lo que es malo.

Hay un énfasis más en este párrafo. Es el lado positivo, lo que en lenguaje del Nuevo Testamento llamaríamos "cultivar los frutos del Espíritu." "Busca la paz, y síguela." La paz (shalom) tiene que ver con el bienestar total de la comunidad, Según el salmista, hay que buscarla. Requiere un esfuerzo personal y un esfuerzo en comunidad.

En esta estrofa tenemos en forma sintética todo un plan de enseñanza. El que va madurando en su vida cristiana es el que puede adorar en verdad. Y la adoración provee la fuerza y la enseñanza para la vida cristiana cotidiana. El espiral sigue: en la experiencia de la alabanza viva nace y crece el verdadero temor de Yahvé.

5. Enseñanzas acerca de la vida con Dios (vv. 1522)

En la última estrofa el salmista sigue aportando enseñanzas generales acerca de Dios y su trato con los hombres, enseñanzas que tienen el propósito de animar al oyente en la fe y en la adoración.

La primera enseñanza es que Dios cuida personalmente a los suyos. A veces los no creyentes se burlan de los creyentes porque éstos hablan como si tuvieran una "línea directa" con Dios, Pero esto es exactamente lo que dice el salmista: Dios tiene interés personal y específico en cada uno de los justos, y escucha su clamor.

Por supuesto, el que no tiene un concepto adecuado de Dios no lo entiende. Pero si Dios es como la Biblia enseña, todopoderoso, onisciente e infinito, por ser Dios puede prestar atención personal a millones de personas al mismo tiempo. Nuestra mente no alcanza a entenderlo, pero la Biblia y la experiencia lo enseñan. Si uno cree de veras esta verdad, ¡que incentivo para confiar en Él y alabarle!

El versículo 16 presenta el otro lado de la moneda. Literalmente dice: "La cara de Yahvé está contra los que hacen mal..." Dios no sólo se da cuenta de los justos, sino también de los que hacen maldad. Cada uno tendrá que rendir cuentas en forma individual. La Biblia recalca la justicia de Dios que requiere justicia por parte de los hombres. "No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará" (Gá. 6.7). El versículo 21 enfatiza lo mismo. La maldad trae su propio castigo además del juicio que tendrá de parte de Dios.

El versículo 18 trae uno de los énfasis de los profetas. La adoración no es mayormente una cuestión de ritos sino del corazón. Jesús enseñó lo mismo. "Bienaventurados los pobres de espíritu..." marca la característica básica de los que han nacido de nuevo. Sólo el hombre que humildemente reconoce

su condición de pecador delante de Dios, recibirá su perdón. Como decía Spurgeon, tanto el arrepentimiento como la fe son señales del nuevo nacimiento. El salmista nos recuerda cuál debe ser nuestra actitud para estar en la presencia del Dios grande y puro. Cuanto más nos acercamos a Dios, tanto más contrito y humilde será nuestro corazón.

El salmista es práctico. No promete que los justos no tendrán dificultades. El mismo Salmo surge de una experiencia de crisis. El que sigue a Dios tendrá "muchas aflicciones." Algunas son causadas por la gente incrédula; otras son producidas por el enemigo, Satanás, y otras se deben a nuestra condición humana. Dios no promete quitarnos todas las aflicciones, pero nos libera de su peso, nos da fuerzas para soportar y vencer las aflicciones y los problemas. Como dice Pablo: "Somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó" (Ro. 8.37).

El Salmo termina con una nota preciosa: "Yahvé redime la vida de sus siervos." Este Salmo es un acróstico, es decir, cada versículo empieza con una letra diferente en orden alfabético, excepto el último versículo que añade otra "p" (padah), redimir. Con una conclusión como clímax, el salmista declara que el cuidado de Dios va más allá de todas las crisis. El redime y sigue redimiendo la vida entera de sus siervos. Estos no serán condenados. Así, el que confía en Dios disfruta de la salvación integral ahora y la seguridad por toda la eternidad. ¡Qué otra respuesta queda sino la alabanza, la gloria y la honra al Dios tan grande y misericordioso!

Revisando

Nuestra Adoración



Formas de idolatría en el culto

Eduardo M. Ramírez



Para algunos, las emociones son lo más importante en la vida. Viven de sensaciones producidas por una fiesta de amigos o por las relaciones de pareja.

Buscan la emoción de conducir un automóvil a velocidades muy superiores a las que permite la seguridad del camino o del vehículo. O la emoción propia de volar, navegar, pintar, escribir o cualquier otra actividad a la cual se dedican con esmero.

Por otro lado, están quienes ven en las emociones lo más bajo, primitivo y, por lo tanto, desdeñable del ser humano. Para ellos las emociones son la vía por la cual sale el animal que hay en nosotros, razón por la cual hay que poner bajo control todo estado emocional.

Las dos maneras de pensar están representadas en la iglesia. Hay en ésta grupos que buscan experiencias emocionales y grupos que las estiman como muestras de superficialidad. Como en todas las cosas, ambos extremos son peligrosos y es necesario encontrar un equilibrio. Pero no es fácil mantenerse entre los polos sin caer en uno u otro. Nuestra intención aquí

es someter a consideración del lector algunos puntos que podrían colaborar en la búsqueda de este equilibrio.

La idolatría de las emociones

Juan A. Mackay en su libro *Realidad e idolatría del cristianismo contemporáneo* dice que los ídolos aparecen en la iglesia cuando algún elemento de la realidad se convierte en un fin en sí. Hay elementos que son parte integral de la vida de la iglesia, y sin ellos ésta no sería completa. Pero al tomar un elemento más fuerza que otro y constituirse luego en el motivo principal de la comunidad cristiana, aparece el ídolo. Las emociones están en esta categoría cuando se cultivan como fin y "todo el afán de la persona es experimentar cierta sensación, bastándole la emoción misma".¹

No hace mucho tiempo, al concluir una reunión en la que yo había predicado, una persona se me acercó y comentó: "Me sentía muy deprimido en mi casa, y pensé que si venia a la, iglesia me sentiría mejor, y así fue: ahora estoy un poco 'más animado' ". Hay una realidad que no podemos negar, y es que la presencia de Dios en un culto puede reanimar a la persona más deprimida. Se diría que el ánimo es el resultado del encuentro con Dios, Pero entramos al terreno de la idolatría cuando egoístamente asistimos a un culto para reanimarnos, y cuando la excelencia del culto depende de la capacidad que ten' de producir los efectos esperados en el estado de ánimo.

La idolatría de la razón

Uno de los elementos que hemos heredado de la filosofía griega es la definición del hombre como un "ser racional". Según esta concepción, lo que hace al hombre un ser humano

y lo diferencia de los animales es su razón. A riesgo de caer en un simplismo filosófico, podríamos decir que – según esta posición – el hombre es tal en tanto que piensa. En otras palabras, su raciocinio le permite alcanzar el estatus de hombre.

Esta manera de pensar ha permeado tanto nuestra concepción del hombre que consideramos que la capacidad de pensar es superior a la capacidad de sentir. El ideal de Platón era llegar a la senectud, edad en la cual los apetitos sensuales y las emociones quedarían bajo control o incluso desaparecerían. De este morfo, el pensador griego creía entrar en una etapa superior de perfeccionamiento, bajo el imperio de la razón.

Al transportar esta línea de pensamiento al culto, nos encontramos con una liturgia racionalista que desprecia o (en el mejor de los casos) reduce las emociones al mínimo. El apóstol Pablo nos invita a rendir un "culto racional" a Dios, pero esto no implica que a Dios se le rinda culto únicamente a través del raciocinio. En la búsqueda de equilibrio en la liturgia es necesario evitar la idolatría de la razón tanto como la de las emociones.

Un problema de autenticidad

Dios nos ha creado como seres que poseen emociones y razón. Es necesario eliminar la dicotomía que pone énfasis en una u otra y nos coloca bajo el dominio de la razón o bajo el dominio de las emociones. Ambos extremos niegan la integridad del hombre y atentan contra la naturaleza que Dios le dio.

Nuestras respectivas tradiciones eclesíásticas hacen que tomemos uno u otro lado del debate. Nuestro énfasis refleja el

modelo que hemos heredado de nuestros padres y que reproducirnos inconscientemente, casi siempre sin una actitud crítica. En algunas tradiciones el problema es mayor, puesto que los modelos han sido importados por los misioneros que trajeron el evangelio. La dicotomía emociones-razón se acentuó cuando los misioneros ponían énfasis en la represión de las emociones como el modelo ideal, ya que – según ellos – el poder controlar todo estado emotivo es ser un "cristiano maduro". Así, el espíritu "caliente" de los latinos se vio enfrentado con el espíritu "fría y calculador" de los anglosajones.

Reconocemos que este es un problema cultural más que un problema teológico. El hecho es que muestra la falta de autenticidad que afecta a la iglesia latinoamericana. Con demasiada frecuencia nuestro culto no refleja nuestra identidad, sino que es la, mezcla de un modelo litúrgico extraño y una identidad latina reprimida.

La solución no es tomar una línea que enfatiza las emociones, porque "somos latinos y emotivos". Tampoco bastaría una fórmula mágica. De todos modos, es necesario reflexionar sobre el problema y, sin des-precia ni la razón ni las emociones, caminar hacia el encuentro de una identidad propia como iglesia que adora a Dios en su medio. Mencionaremos aquí algunos líneas con las cuales se podría comenzar esa búsqueda:

- 1) Desarrollar un espíritu de observación crítica a fin de analizar lo que hacemos y descubrir aquellos elementos que hacen de nuestra liturgia un culto auténtico.

- 2) Incorporar a nuestra himnología mayor cantidad de canciones con ritmos autóctonos que nos permitan expresarnos con mayor libertad.
- 3) Abrir nuestros cultos a una mayor participación de la congregación. Esto no significa desorden ni improvisación. Por el contrario, es necesario enseñarle a la congregación a participar significativamente, y eso sólo puede hacerse poco a poco.
- 4) Minimizar (por no decir eliminar) la división entre "laicos" y "clérigos" en la dirección de los cultos y en la predicación. Esto permitirá una mayor participación de la congregación.

NOTA

1. Mackay, Juan A., Realidad e idolatría del protestantismo contemporáneo, (Buenos Aires: La Aurora, 1970), p. 19

RENOVACIÓN Y COMPROMISO

Eduardo M. Ramírez



Hacia el fin de sus días, Josué convoca a una reunión de los dirigentes de Israel y por su intermedio a todo Israel. En esa ocasión pronuncia su mensaje de despedida como líder e invita al pueblo a renovar sus votos con el Señor. Pablo nos recuerda en Romanos 12. 1-2 que la renovación de nuestro compromiso con el Señor es algo continuo en la vida cristiana, no tanto porque Dios lo exija, sino como parte de nuestro proceso de crecimiento.

La reunión celebrada por Josué (Jos. 24.1-28) nos servirá de base para esta nota. Tomaremos algunos elementos prácticos que podrían ayudar en aquellos cultos en que se espera una renovación de compromisos ya contraídos.

1. La centralidad del mensaje

La Biblia no da demasiados detalles en cuanto a la manera práctica en que Josué llevó a cabo este encuentro. Muchos de los detalles deben inferirse a partir de algunas sugerencias o datos breves. La ausencia de estos detalles nos revela que para el escritor la finalidad del encuentro y el mensaje en sí tenían

mayor importancia que el método utilizado. El eje central del mensaje es la persona de Dios y lo que él espera de su pueblo. Pero la falta de detalles en cuanto al método no niega que lo hubiera, ya que sería imposible transmitir un mensaje sin el uso de algún tipo de medio. El mensaje es más importante que el método, aunque hay una interdependencia entre ambos, pues la eficacia del mensaje está directamente relacionada con la forma que se utilice para transmitirlo.

En cada ocasión debemos reflexionar acerca de la mejor manera de transmitir el mensaje que Dios ha puesto en nuestro corazón. No debemos caer en el error de pensar que "mensaje" es sinónimo de "sermón": éste es una forma de dar un mensaje. Habrá ocasiones en las que el sermón no será la manera más adecuada para transmitir el mensaje. Si estamos de acuerdo en que el mensaje es central en el culto, pondremos cuidado en buscar el medio que nos permita comunicarlo con mayor eficacia.

2. El uso de la historia

Los eventos históricos tienen un papel importante en este culto que analizamos. Su función es proveer un marco teórico para las decisiones que se pedirán más tarde. Josué hace una revisión histórica para señalar, específicamente, la manera en que Dios ha actuado a favor de su pueblo. Aquí la historia no es sólo un relato atractivo y de relleno, sino la demostración concreta y visual de lo que Dios ha hecho por su pueblo. De esto se desprende la necesidad de encuadrar las exhortaciones dentro del plan global de Dios y evitar que se tomen decisiones cuando no se comprende este plan. Al escuchar este relato histórico, los oyentes se identifican con los hechos y reconocen

que esa historia les pertenece, que es parte de su propia herencia. Esto no es fácil lograr hoy día, especialmente debido a la distancia temporal que nos separa de las historias bíblicas y a que estamos cada vez más acostumbradas a historias representadas con medios de alta tecnología. En el proceso de identificación podrían ayudarnos algunos métodos nuevos y más atractivos, como películas, videos, diapositivas, láminas, dramas, narraciones, etc.

Es importante observar que Josué permite a su auditorio digerir el significado de lo que él dice. Es cierto que quienes lo escuchan no han vivido todos los hechos históricos incluidos en el mensaje, pero de todos modos se les considera como parte de los mismos. Otro dato interesante es que la narración se hace en forma de un diálogo entre Dios y el pueblo. Esta manera de encarar el relato permite que las personas comprendan el contenido y entiendan las consecuencias de lo que se les está pidiendo. La historia provee el marco teórico y los ejemplos de lo que se quiere decir. Como resultado, las decisiones que se tomen estarán bien fundamentadas.

3. La dinámica del culto

La reunión tuvo cierta formalidad. Como era costumbre en aquella época, cada vez que se renovaba un pacto, la ceremonia se estructura generalmente con ciertos pasos fijos. La seriedad del compromiso por tomar radicaba tanto en las personas que intervenían como en la razón que las convocaba. Si lo tomamos en cuenta al organizar el culto, esto seguramente afectará la dinámica del programa. La formalidad habla de la seriedad con que se toma el programa y el cuidado que se tiene al prepararlo. Deberíamos preguntarnos si

nuestros cultos pecan de informales. No hay duda que es necesario actualizar la manera como desarrollamos los cultos, pero al mismo tiempo debemos cuidar que el esfuerzo por "renovar" las formas no nos haga caer en maneras que les quiten seriedad e importancia.

A partir de los datos del pasaje bíblico podemos distinguir varios momentos en este culto dirigido por Josué:

- (1) Convocatoria (v. 2a)
- (2) Relato histórico (vv. 2b-13)
- (3) Exhortación (vv. 14-15).
- (4) Diálogo entre Josué y el pueblo (vv. 16-24)
 - (a) Promesas del pueblo (vv. 16-18)
 - (b) Advertencias (vv. 19-20)
 - (c) Reafirmación de las promesas (v. 21)
 - (d) Reconocimiento de los testigos (v. 22)
 - (e) Consecuencias de la decisión (vv. 23-24)

El segundo y el tercer paso son exposiciones de Josué, mientras el pueblo se limita a escuchar. El cuarto paso se caracteriza por ser dinámico, con mucha participación de la congregación. A través de esta dinámica Josué lleva al pueblo a tomar una decisión. Pero antes de ésta, permite que la gente participe dialogando y respondiendo. Seguramente el diálogo fue más fluido y amplio que el que aparece en el relato bíblico. El discurso o sermón del segundo y tercer paso permite pasar al siguiente, donde invita a los presentes a dialogar sobre las consecuencias del relato histórico que acaba de hacer.

Esta misma técnica podríamos utilizarla en nuestros cultos. En un "sermón participatorio", que es un sermón que permite la

intervención de la congregación. Podemos decir que Josué usa esta técnica para dirigirse al pueblo. Para hacerlo es necesario que tomemos en consideración cuál será el "encuadre teórico" que daremos (para Josué eran los hechos históricos) y luego cuáles serán los puntos para el diálogo. Se debe recordar que para dialogar se requiere mucho más tiempo que para dar un sermón. Pero se gana en términos de participación de la congregación y se logra una captación más integral de lo que Dios quiere decir a su pueblo.

4. El proceso de tomar decisiones

No cabe duda que el propósito de Josué es que el pueblo renueve sus votos de fidelidad al Señor. Pero aún cuando él espera que esto suceda, no presiona al pueblo en esa dirección. Observe que al utilizar el diálogo Josué se asegura de que el pueblo esté consciente de lo que está diciendo. No quiere decisiones apuradas. Tampoco se permite a sí mismo el derecho de manipular al pueblo (cosa que podría hacer muy bien por su posición de líder).

Pueden señalarse dos etapas en la toma de decisiones. En la primera la persona considera la invitación que se le hace y decide afirmativamente. En la segunda, completa esa decisión practicando lo que ha decidido hacer e incorporándolo a su estilo de vida. Con frecuencia la distancia entre la primera y segunda etapa puede depender del contenido mismo del mensaje. Se suele caer en el error de simplificar demasiado el mensaje a fin de ayudar a la gente a decidirse, pero luego la persona encuentra casi imposible entrar en la segunda etapa de la realización de esa decisión. La dinámica utilizada por Josué nos advierte sobre la necesidad de ayudar a las personas

a considerar el verdadero costo de la decisión que habrán de tomar, antes de hacerlo.

5. Las acciones confirmadoras

Josué concluye su culto con un acto concreto de confirmación y afirmación de la decisión tomada. Toma una piedra y la coloca en determinado lugar ante la vista de todos, y luego les dice: "Esta piedra va a servirnos de testimonio...". El pueblo es invitado a hacer algo concreto y específico en relación con la decisión que acaba de tomar. Esta acción no representa el cumplimiento del compromiso tomado, sino un acto simbólico representativo de la decisión tomada.

Este tipo de acciones confirmativas en el culto mismo permite a la persona sellar con mayor claridad lo pactado. No es necesario realizar acciones muy complicadas que distraigan a la gente: bastará un acto muy sencillo, como escribir una tarjeta para sí mismo o para otra persona, reunirse en pequeños grupos para pensar y orar unos por otros, o anotarse para realizar alguna actividad de servicio durante la siguiente semana.

Evaluar es crecer

Eduardo M. Ramírez



El Apóstol Pablo les escribió a los romanos: " Ninguno piense de sí mismo más de lo que debe pensar. Antes bien, cada uno piense de si con moderación, según los dones que Dios le haya dado junto con la fe" (Ro. 12.3b), El contexto en el cual incluye estas palabras es el tema del equilibrio

que debe haber en la organización de la iglesia. Si un miembro se extralimita o comete algún exceso, toda la iglesia se desequilibra. Es necesario, por lo tanto, que cada uno se autoevalúe, a fin de que encuentre su lugar en la comunidad cristiana. Este criterio debe aplicarse con mayor celo entre quienes tenemos puestos de liderazgo, ya que el evaluar erróneamente puede llevarnos a un ministerio incierto o conducir a la iglesia por caminos bíblicamente dudosos.

Por diferentes causas, la evaluación es frecuentemente postergada, relegada al olvido o considerada de poco valor. Como consecuencia, generalmente no se la realiza. Una vez concluido el culto, los líderes nos limitamos a conservar el sabor general del mismo (sea positivo o negativo), sin entrar en mayores detalles. De esta manera es imposible discernir los

aciertos y los errores, y en consecuencia no puede perfeccionarse la planificación del culto en el futuro.

La evaluación es una actividad que comienza con la descripción objetiva de una situación determinada, señalando tanto sus elementos positivos como los negativos. Se buscan explicaciones, razones o causas de ciertos hechos. Al responder preguntas tales como ¿qué pasó?, ¿por qué pasó?, ¿qué sintieron los que participaron en el culto?, ¿qué pensaban?, ¿qué los motivó?, podremos tener una imagen bastante cercana a la realidad que se estudia.

Por otro lado, la evaluación debe ser honesta y ajustada a la realidad. Para lograr esto es necesario tener criterios básicos en relación a los cuales se realizará el análisis. Quien evalúa basándose en sus propias impresiones, sentimientos o parecer, difícilmente obtendrá resultados objetivos y útiles para mejorar su ministerio.

Los resultados positivos que quedan como saldo de una evaluación son variados. En esta nota queremos mencionar los siguientes:

1. Apreciación correcta de la congregación

Para cumplir fielmente con nuestro ministerio, los líderes necesitamos conocer la congregación a la cual servimos. Este conocimiento es resultado de las diferentes evaluaciones que realizamos. Cuanto más aproximada la realidad sea la apreciación, más cerca nos encontraremos de la verdadera identidad de la iglesia. Todo este conocimiento permitirá planificar períodos extensos, estableciendo metas específicas de áreas a desarrollar o a corregir. Y aún más, luego de

concluido el período (por ejemplo, un año), se podrá mirar hacia atrás y comprobar los avances concretados.

Podemos mencionar dos fuentes de criterios para evaluar la congregación. La primera es la Biblia, la cual nos da las pautas básicas de identidad de la comunidad cristiana y su misión en este mundo. Al evaluar, debemos entonces considerar hasta dónde nuestra congregación se ajusta a la eclesiología bíblica. (Más adelante analizamos este punto.) La segunda es la planificación anual del programa de la iglesia. Allí encontraremos las metas establecidas, los contenidos para enseñar y los programas a realizar. También descubriremos cuánto ha concretado la congregación y cuáles son los aspectos aún pendientes.

Para que la evaluación sea lo más objetivo posible, es imprescindible la utilización de diferentes herramientas. Cada una de ellas nos dará la información de acuerdo a los fines para los que fue creada. Por ejemplo, podemos evaluar un culto por medio de tres métodos diferentes: oralmente, en una reunión de quienes participaron en la elaboración del culto; un cuestionario para ser respondido por todos los miembros; una entrevista con un miembro clave de la congregación. Cada uno de estos caminos nos dará información que luego debemos organizar a fin de analizar los resultados.

2. Medición objetiva de los resultados

" Medir" en el contexto de la iglesia no es sinónimo de " medición numérica" , aunque hay varios aspectos que se expresan en cifras, Por ejemplo, la asistencia a los cultos, la

cantidad de personas nuevas, la cantidad de miembros, la evolución de la membresía, el número de bautismos, los diferentes porcentajes de edades en la congregación, etc. Toda esta información es necesaria y útil como parte de la evaluación y posteriormente para la planificación.

Sin embargo, se cometerá un grave error si se piensa que completando la información que señalamos en el párrafo anterior se ha concluido la evaluación. Los valores numéricos, además de no ser toda la evaluación, ni siquiera son la parte más importante de ella. La tragedia de quien se queda en los números es que mide elementos superficiales y desconoce aquellos que realmente tienen importancia.

Los valores, los sentimientos y las actitudes no se pueden medir numéricamente, pero son más importantes que la cantidad de participantes en una reunión. ¿Cómo medimos el crecimiento de un creyente a lo largo del año? Sí, podemos comparar su conducta actual con la de otro tiempo y enumerar los factores que indican progreso. Pero esto es sólo una aproximación a la realidad.

Podemos hablar de tres niveles de evaluación: a) todo aquello que se puede evaluar numéricamente; b) la participación y el compromiso demostrado por cada miembro de la iglesia; c) los cambios operados en las personas y la congregación a causa del programa realizado. Comenzamos observando los datos numéricos y su significado para la situación particular que estudiamos. Luego buscamos elementos que no son visibles a simple vista, haciéndonos preguntas y haciéndolas a otros. Para formular estas preguntas tomamos las metas que nos propusimos lograr en el culto, ¿Qué cambios se pueden

observar en las personas? ¿Cómo se manifiestan? ¿Qué tipo de movilización se produjo en la congregación? ¿Qué decisiones se tomaron? ¿Qué apoyo económico, de tiempo y habilidades ofrecieron los creyentes?

3. Contextualización del mensaje

Como consecuencia de haber evaluado, tenemos un mejor conocimiento de la congregación y un panorama de los resultados logrados. Pero estas dos etapas estarían incompletas si no se integran a un diálogo con el mensaje bíblico. La iglesia reconoce en la Biblia su fuente primaria en cuanto al contenido del mensaje y la finalidad de la iglesia. Por tanto, es necesario subordinar a la enseñanza bíblica todos los aspectos de la planificación.

Con frecuencia afirmamos desde el púlpito que el mensaje bíblico no cambia, que es siempre el mismo. Esta es una verdad incuestionable, ya que el mensaje no depende de lo temporal y humano, sino de Dios mismo. Pero hay que reconocer que cuando trasladamos este mensaje del culto a la vida práctica de los creyentes, el mismo toma formas temporales. La esencia del mensaje de Cristo no cambia nunca, pero sus aplicaciones e implicancias varían según las circunstancias.

El proceso de contextualización está íntimamente ligado al de planeamiento. Este cumple la función de organizar las actividades de un año, establecer los énfasis, esperar ciertos cambios en las personas, orientar nuestra tarea y ministerio. Las prioridades y metas del planeamiento surgen del diálogo entre la realidad para la que estamos planificando y el mensaje

bíblico. Para esto nos preguntamos qué características de la congregación es necesario corregir, cuál no concuerda con el evangelio, etc.

Evaluar debiera llevarnos necesariamente a contextualizar. Sin embargo, este proceso no sucede espontáneamente. Si todo concluye en la evaluación y no se produce ningún cuestionamiento del modo de comunicación del evangelio, entonces se corre el riesgo de alejarnos de él sin percatarnos de ello.

A fin de contextualizar el mensaje en el culto, debemos tener en cuenta las características de la congregación, sus falencias y las metas propuestas. Todo esto debe colocarse bajo la visión crítica de la Biblia para que ésta señale las áreas débiles o problemáticas. Al hacer el orden del culto se podrá entonces incluir los elementos que pueden ayudarnos a corregir los errores, y en el culto se dará tiempo para que la congregación tome un nuevo compromiso con Jesucristo con miras a corregir los errores señalados.

4. Perfeccionamiento de las armas

Es propio de la condición humana el expresarnos por medio de las formas. Estas son canales por los cuales comunicamos mensajes a quienes nos rodean. Son necesarias por-que de lo contrario sería difícil comunicarnos con los demás. Por otro lado, las formas no son permanentes: varían en la medida en que pierden su capacidad de comunicación. Si la forma no cumple con la tarea de transmitir, se debe cambiar por otra más apropiada.

Como es obvio, el problema de la temporalidad de las formas y el proceso de contextualización son diferentes aspectos de un mismo fenómeno. El proceso de contextualización busca distinguir lo esencial en el mensaje de lo temporal de la forma. Una vez analizadas, las formas son cambiadas o perfeccionadas en función al mensaje que transmiten. Cuando evaluamos un culto, descubrimos si han cumplido con su misión de comunicar el mensaje con la intensidad esperada.

La función de los líderes es evaluar cada una de las formas utilizadas en el culto, a la luz del evangelio, y su efectividad como medio de comunicación. Primero, intentamos definir los conceptos que queremos transmitir. Luego, nos preguntamos cuál es la mejor manera de expresar esas ideas a la congregación. Podemos preparar un sermón para instar a la congregación a orar los unos por otros. La forma "sermón" se caracteriza por ser verbal y unidireccional, lo cual quiere decir que una sola persona (el predicador) expone su pensamiento, entre tanto la congregación escucha. La limitación de esta forma es que el predicador no tiene manera de saber si el contenido de su mensaje es comprendido y, menos aún, si será obedecido. En este caso, sería más efectivo exponer el tema brevemente (10 o 15 minutos), y luego dar lugar a la congregación para compartir sus motivos de oración y concluir con un tiempo de intercesión de los unos por los otros. Así habremos logrado no sólo dar el mensaje, sino acercarlo más a la vida de las personas para su aplicación. El valor de esta alternativa es que todo se realizará dentro del culto mismo.

5. Enriquecimiento de la personalidad del líder

Finalmente, la evaluación de un culto nos permite no sólo realizar un ministerio más efectivo, sino también pulir nuestra personalidad. El líder que integra a su estilo de vida la autocrítica y la autoevaluación, y permite que otros le evalúen, está abriendo las puertas al crecimiento personal. Si el líder no se conforma con lo que hace y con el modo de hacerlo, siempre estará en busca de una excelencia mayor. El reconocimiento de los errores y los aciertos propios le permitirán desarrollar su persona y su ministerio.

Al concretar la evaluación de nuestra tarea en el culto, se producen dos sentimientos contradictorios. Por un lado, reconocer los errores cometidos nos produce dolor. La evaluación puede llegar a tocar áreas personales muy íntimas, y en consecuencia hay una reacción natural de rechazo. Pero el Espíritu de Dios puede ayudarnos a superar nuestro amor propio en este sentido, para perfeccionarnos en su servicio.

Otra reacción a la evaluación, opuesta a la anterior, es la satisfacción o placer por la tarea bien hecha. Saber que lo hemos hecho bien, que logramos aquello que nos propusimos, trae como consecuencia sentimientos positivos que engrandecen nuestro espíritu. En cierto sentido, son la recompensa por el esfuerzo realizado.

Sin embargo, debemos cuidarnos de no quedar con los sentimientos positivos y renegar de los negativos. Unos nos estimulan a continuar y otros nos reprimen. Unos nos alientan y otros nos deprimen. El equilibrio entre unos y otros dará como resultado una situación enriquecedora.

Finalmente, la evaluación es un acto de humildad. Requiere de nosotros la actitud de permitir que otros (o nosotros mismos) nos señalen errores y aciertos. Reconocer las virtudes, alimenta nuestro ego; reconocer los errores que otros nos señalan, fortalece nuestra humildad. Reiteramos que es necesario el equilibrio para no caer en el orgullo o en el extremo de pensar que todo lo que hacemos está plagado de errores.

Conclusión

La intención con que escribimos esta nota fue reseñar brevemente algunos de los resultados de evaluar un culto. Estos resultados afectan a los líderes o pastores y también, indirectamente, a la congregación. Por supuesto, muchas de estas observaciones pueden ser aplicadas a otras áreas del trabajo de la iglesia. En una próxima nota mencionaremos algunas formas concretas de evaluar un culto para el enriquecimiento de nuestra adoración a Dios.

Evaluación del culto

Eduardo M. Ramírez



En artículos anteriores nos referimos a la evaluación del culto. En el primero señalamos la evaluación como uno de los pasos del planeamiento. En esa ocasión dijimos que ella nos permite descubrir los errores

cometidos, sugerir nuevas pautas y detectar necesidades de la congregación. Nuestro artículo anterior, estuvo dedicado íntegramente al tema de la evaluación, donde señalamos cinco beneficios que resultan de ésta. Estos beneficios no tienen otro fin que el de enriquecer a quienes planifican el culto. A fin de ampliar el aspecto de la evaluación haremos algunas sugerencias prácticas al respecto.

Antes de pensar en el "cómo" habremos de evaluar, necesitamos saber con claridad "qué" someteremos a análisis. Al planificar el culto se establecen los puntos que se evaluarán. De no hacerlo así, podemos caer en la subjetividad propia del ser humano, la tendencia natural de resaltar algunos aspectos y olvidar otros. O aun peor, tener en mente una cosa y luego evaluar otra, debido a los cambios de rumbo que pueda haber tomado la reunión. Veamos brevemente tres áreas que deben ser evaluadas.

La concreción de los objetivos

Toda evaluación comienza con la consideración de los objetivos a fin de ver en qué medida se han cumplido. Los objetivos han sido establecidos antes del culto y una vez concluido éste, nos abocamos a examinar el grado de concreción de los mismos. Este proceso de análisis es posterior al culto, pero algunos cambios en las personas no se manifestarán de inmediato. Es necesario, por lo tanto, mantener abierta la evaluación y la disposición a corregirla si observamos nuevos datos con el correr de los días.

Además, es necesario tener claridad en cuanto al alcance de los objetivos a evaluar. El análisis puede limitarse a un culto o extenderse a una serie de reuniones o a un año entero. Es obvio que no podemos aplicar los mismos criterios de evaluación a un culto que a un año entero. No sería legítimo hacer afirmaciones relativas a todo el año en base a una o dos reuniones. Cuanto mayor sea el tiempo de la actividad evaluada, mayor amplitud deben tener los criterios y las pruebas a utilizar.

La dinámica del culto

Quienes planeamos el orden del culto solemos olvidar con frecuencia que el culto es una actividad de la congregación, no de quien dirige. Es la iglesia de Jesucristo la que alaba, aprende o proclama, y es un miembro de ella quien en un determinado momento se encuentra al frente. Por lo tanto, evaluamos el desempeño de quien dirija la reunión en función de lo que ha hecho para lograr la participación de la congregación. La evaluación que concluye mencionando las virtudes y errores

de quien condujo el programa, peca por desconocer la finalidad del culto.

Otro error. Es la falta de claridad de criterios en cuanto al carácter del culto. Cada reunión tiene su propia "personalidad". El carácter del culto es producto de la tradición de cada congregación, se crea a través del tiempo, y generalmente no somos conscientes de ello. Por supuesto, esto distorsiona la evaluación haciéndola imprecisa. Así, por ejemplo, si una reunión se diseñó principalmente para la enseñanza, al ser evaluada debe juzgarse el contenido y los métodos utilizados, pero no si fue suficiente la alabanza.

Al evaluar la participación de la gente podemos caer con suma facilidad en el pecado de juzgar a las personas. De ahí que quien evalúa debe estar muy atento para no caer en este error. En la dinámica del culto participan muchos factores. Algunos favorecen y otros obstaculizan la participación. Aquellos factores que entraron en la planificación serán evaluados a la luz de ella. Pero, de hecho, existen otros elementos externos al planeamiento que son importantes para la dinámica del culto: la distribución de las sillas, la proporción entre el número de personas y el tamaño del lugar, la disponibilidad de cancioneros, la temperatura del ambiente, el clima afectivo, etc. Todo esto crea el clima de la reunión, facilitando o no la participación de la congregación. La participación podría haber sido muy buena, pero puede haber sido afectada por cualquiera de estos factores. Juzgar la participación sin incluir en el análisis todos los factores puede hacernos caer en juicios erróneos.

Los contenidos

Con el término "contenidos" nos referimos a todos los conceptos que se utilizan durante la reunión. El sermón puede estar relacionado con un tema determinado y para desarrollarlo se utilizan ciertos contenidos. O en el culto de adoración utilizamos algún atributo de Dios como tema, el que desarrollamos ampliándolo con diferentes contenidos.

De esta manera podríamos afirmar que no existe reunión o culto cristiano sin contenidos. Siempre están presentes. Podemos decidir que una reunión no tendrá sermón, pero es imposible que no tenga mensaje o contenidos. La dificultad al evaluar los contenidos radica en que no todas las actividades pueden ser evaluadas con tanta facilidad como el sermón. Otras maneras de transmitir contenidos (himnos o canciones, comentarios, énfasis, actitudes, anuncios, etc.) presentan gran dificultad para analizar los conceptos que transmiten. De todos modos, esta no es razón para no esforzarnos por discernir el mensaje que se transmitió.

A pesar de la dificultad que se presente para evaluar ciertos contenidos, la evaluación es sumamente importante. Allí descubriremos lo que dijimos por medio de las canciones, las actitudes, la jerga utilizada, el sermón, las oraciones, y toda la comunicación no verbal. Es muy probable que al realizar el análisis descubramos que hemos dicho mucho, varios conceptos han estado presentes, pero al fin no hemos hecho más que confundir a la congregación. Así sucede, por ejemplo, cuando se dedica tiempo al canto "espontáneo", pidiendo que los elijan las canciones a su gusto. Por un lado, se crea un clima de desorden en el que cada uno intenta anular la voz de su

prójimo. Por otro lado, se cantan canciones de todo tipo y contenido sin discriminación. ¿Cuáles son los contenidos en una reunión como esta? Todos y en consecuencia ninguno en especial. Esta es una manera de hacer que el mensaje no sea claro y que por lo tanto no tenga mayor efecto en las personas. El culto puede haber alcanzado un buen clima y una buena aceptación por parte de la congregación, pero esto no es garantía de haberse dado un mensaje claro o de haberse efectuado cambios en las personas. Los cultos con contenidos muy amplios, nada específicos, llegan a ser anestésicos. Se ha "hablado" y se ha "dicho", pero la congregación no ha experimentado cambios en su obediencia a Jesucristo. El culto anestésico hace que la gente olvide su vida cotidiana y se sienta bien, al menos por unas horas. Pero, de hecho, esta no es la función del culto. Y una buena evaluación nos evitará caer en errores.

En el próximo número analizaremos algunos métodos que pueden utilizarse en el proceso de evaluación en relación a la concreción de los objetivos, a la participación de la congregación o a los contenidos presentes en el culto.

